



C. FRONTAURA

CARICA-
TURAS

Y

RETRATOS

FONDO ANTIGUO

A-1680

Bib. Regional

100
100
100

MASADEL
JAEN, 38
91-554-22-73

CÁRLOS FRONTAURA

CARICATURAS

y

RETRATOS .

MADRID

ADMINISTRACION DE EL CASCABEL

HILEBAS, 1, BAJO

A-1680

MIGUEL MIRANDA

SAN PEDRO, 7

TEL. 429 45 76

28014 MADRID

WETRYA TO?

MADRID 1984
EDICIONES DE LA LUNA
VIA DE ACCESO

74722

OBRAS

DE

D. CÁRLOS FRONTEIRA

1.^a SÉRIE.

5455

OBRA

D. CARLOS FRONTAURO

1878

CARICATURAS

y

RETRATOS

POR

D. CÁRLOS FRONTAURA



MADRID.—1868

CARICATURAS

RETRATOS

Es propiedad del autor.

D. CARLOS FRONTAUVA

Imprenta del autor, á cargo de Ramon Beraardino, Hileras, 4.

I.

Las madres abandonadas.

Entre todos los seres desgraciados, ninguno lo es más que la madre abandonada.

Entre todos los culpables, ninguno lo es quizá ménos que la madre abandonada.

La ley castiga lo mismo al asesino que al miserable que arma su brazo y le induce al crimen. El castigo es justo.

La sociedad castiga cruelmente en la mujer el pecado del hombre: la sociedad sería justa si castigase la culpa, imponiendo la mayor pena al fuerte, sin el cual no hubiera podido ser culpable el débil.

Demostraré esta verdad.

La mujer ve en el hombre su apoyo, su guía, su porvenir; aprende que ha nacido para ser su compañera, para respetarle y amarle, para alentar su espíritu en las tormentas de la vida, para ser madre de los hijos que han de heredar su nombre y su honra, para

enseñar á sus hijos las virtudes de su padre, para dar al hombre el hogar y la familia.

El hombre, que nace de la mujer, y despues debe la salud y la vida á la mujer, que cuando niño le cuida y le educa, cuando hombre le ama, y le alienta y le acompaña fiel en los dias adversos, y cuando anciano le cuida tambien, y le respeta y le sufre, sabe que la mujer no tiene más patrimonio que su virtud, ni más esperanza que el amor del hombre, ni más porvenir que el apoyo del hombre, ni otra recompensa que el amor y el respeto de sus hijos.

Y el hombre, que sabe todo esto, es el enemigo de la virtud de la mujer, el que la quita todo apoyo y toda esperanza, el que la abandona vilmente en medio de una sociedad que abre sus puertas para el fuerte que se hizo verdugo del débil, y las cierra para la víctima, cuya falta consiste en no haber sido tan criminal como el que le mostró el camino que conduce al mal, aparentando conducirla por el camino del bien.

Merecerá perdon el hombre que, abandonado de sus semejantes, y al sentirse morir de hambre y ver morir á sus hijos, se arma de un puñal, y sale á sorprenderos y á robaros para vivir él y sus hijos un dia más; lo merecerá el que humillado, insultado, escarnecido, provocado por otro, le desgarrá el corazon en un momento de ciego furor; lo merecerá el hombre honrado que convencido de la ingratitud de una esposa infiel y desnaturalizada madre, la ahogue entre sus brazos; pero ¿merecerá perdon el que roba el honor de una mujer—que no le ha hecho otro mal que

amarle y considerarle hombre honrado, y la paz á un padre anciano, orgulloso de la virtud de su hija,—y la abandona al desprecio del mundo, dejándole para toda su vida otro sér inocente y abandonado tambien, que no tiene más culpa que la de haber nacido?

Pues entre los hombres honrados viven esos hombres tan culpables como el ladron y el asesino, que la sociedad justamente agraviada mata ó aleja de su seno.

¡Y esos hombres hallan mujeres honradas que admitan un nombre, negado á otras mujeres, que fueron honradas tambien!...

Quizás, cuando muere alguno de esos hombres, padres de hijos que no los han conocido, que tal vez imploraban la caridad pública en tanto que ellos gozaban próspera fortuna, la sociedad escribe en la lápida de su sepulcro:—«*Hombre honrado, buen esposo, buen padre.*»

Tal vez el hijo abandonado de ese *buen padre*, al leer aquella lápida, vierte una lágrima abrasadora y siente oprimido su corazon, considerando qué felices son los hijos que conocen á sus padres, bien ajeno seguramente de que aquel *buen padre* es el mismo *padre desconocido* que halló en su vergonzosa fé de bautismo.

Pocos hijos vereis abandonados de sus madres, pero ¡cuántos hay abandonados de sus padres!

Es verdad que ningun amor iguala al amor de madre; porque se necesita toda la abnegacion de ese amor, todo el valor que dan á la mujer una caricia, una sonrisa, una lágrima del hijo de sus entrañas, para resignarse á vivir una vida de horribles desengaños y

tristísimas memorias, para presentarse en el mundo señalada con el sello de la infamia, para consagrarse á velar por un ángel, que será hombre despues y pedirá á su madre tal vez cuenta de su honra, ó mujer, y no hallará un hombre que quiera dar su nombre á la que ninguno tiene.

¡Oh! no es bien nacido, ni puede tener alma generosa y corazon sano, el que se atreva á ofender á una madre abandonada!

¡Pobre madre la que tiene que sufrir la humillacion de recibir del mismo ladron de su honra una limosna para su hijo abandonado!

La ley suele obligar á un padre á que dé una limosna á su hijo; la ley debiera obligarle á merecer en largos años de soledad y remordimiento el favor de que la madre y el hijo abandonados aceptasen su nombre.

Alfonso Karr ha escrito dos bellísimas páginas que titula *Les filles-meres*: copiaré uno solo de sus párrafos:

«Es una crueldad, dice el espiritual novelista, que una mujer burlada, que se decide á ser á la vez padre y madre de su hijo, á trabajar dia y noche para sostenerle, á no comer si es preciso para que tenga que comer el hijo de su corazon; es una crueldad, repito, que esa mujer que se impone una obligacion heróica, obligacion de todos los dias y todas las horas, esa mujer á quien todos deberíamos admirar y prestar decidido apoyo, sea rechazada en todas partes, humillada siempre, y siempre objeto del general desprecio.»

En todos los casos se ayuda al débil contra el

fuerte, á la víctima contra el agresor; pero cuando se trata de una mujer engañada villanamente, la deshonra es de la víctima, no del asesino.

Algunos de esos hombres pretenden disculpar su felonía con una lógica tan egoísta y asquerosa como irritante.

Reconvenido uno, á quien conocí, por haber negado su nombre á su hijo recién nacido, contestó que su clase, su categoría y las conveniencias sociales no le permitían acceder á tan justa pretension.

Comprendo que haya un hijo que se avergüence de su padre, pero no que haya un padre que se avergüence de serlo de un ángel recién nacido.

Yo no hubiera vacilado en firmar para aquel hombre una sentencia de alejamiento perpétuo de la sociedad, seguro de que en su alma no había ningún instinto bueno y generoso.

Se le observó que por qué no honraba al hijo redimiendo á la madre, y el cobarde contestó que la desigualdad de clases era un obstáculo insuperable para semejante posición.

¡Es decir, que hay desigualdad de clases para honrar á una mujer, y no la hay cuando se trata de deshonrarla!

Si esta lógica es uno de los adelantos de la civilización, pareceme que no podemos estar muy orgullosos que digamos con nuestra civilización.

¡Es decir, que la mujer pobre no debe culpar de su deshonra al infame que vino á turbar la paz de su hogar y á llevarla por un camino desconocido para ella, sino á su pobreza, á sus padres honrados, que no

fueron nobles y poderosos y no la hicieron heredera de inmensos caudales, al Criador, que la hizo nacer en la humilde cuna del trabajo y la honradez!...

¿Puede darse ley más injusta, más irritante?

¡Pobres madres abandonadas, educad á vuestros hijos, amadlos, porque son vuestros hijos, y porque son más inocentes y más desgraciados que vosotras!

Pensad que las leyes de Dios son más justas, más equitativas que las leyes de los hombres; que el amor que teneis á vuestros hijos os purifica del amor que tuvisteis á sus desalmados padres; que la noble heróica accion que cumplís, en medio de la sociedad que se aleja de vosotras, es meritoria á los ojos de Dios; y que la Providencia, benigna con el que repara sus errores, es inflexible con el rebelde á la voz del deber y de la naturaleza. ¡Oh, sí! ¡la Providencia castiga siempre al padre desnaturalizado!

¡Cuántos padres reconocen á sus hijos en la hora de la muerte!—Es que la voz del remordimiento no cesa en esos supremos instantes de clamar en la conciencia.

Antes de concluir quiero referir la historia de un loco, que murió no há mucho tiempo en un hospital, fuera de Madrid.

Don Pablo, que así se llamaba, habia quedado huérfano en los primeros años de su vida en un pueblecillo de la costa y al cuidado de una honrada familia de pescadores. Criado á orillas del mar, se aficionó grandemente á la azarosa y noble profesion de la marina, y á los diez y nueve años hizo su primer viaje á las Antillas, á bordo de un navío mercante, sien-

do tantas y tales las pruebas que dió de arrojo y pericia, que pocos años despues, una de las casas más fuertes de Cádiz le confió el mando de un buque que hacía las travesías más peligrosas.—En uno de los viajes que hizo el jóven marino, tuvo ocasion de hallar en una pobre aldea, oculta entre peñascos enormes y elevadas montañas, una niña, inocente como el sueño de un niño y hermosa como la virtud, de quien se enamoró locamente, y á quien logró inspirar un amor tan puro como sincero y desinteresado.

Durante un año, todos los meses hizo una visita á la enamorada aldeana, que nada le pedia, nada más sino que nunca la olvidara y nunca pasara por cerca de la aldea sin bajar á decirla: «¡Aun te amo, hija mia!»

Pero el marino pasó una vez á lo largo, por delante de las montañas que ocultaban la aldea, y el mes siguiente pasó lo mismo, y el otro tambien.

Uno de los comerciantes dueños del buque, le habia casado con su hija, mujer más rica que hermosa.

Don Pablo dejó el mando del buque, y se hizo comerciante, y armador, y no sé cuántas cosas más; pero una sombría tristeza nublabá constantemente su semblante, y su carácter, ántes franco y expansivo, se tornó tétrico, receloso y duro.

Atribuíanlo las personas que le rodeaban á la vida tranquila y sedentaria en que habia entrado, tan opuesta á la vida de marino, que tan bien le habia probado desde niño.

Don Pablo no amaba á su mujer, y ésta, por su

parte, no dejaba de conocerlo; así es, que sin oposición de ningún género, volvió D. Pablo al mar, dejando en la ciudad á su esposa y á una hija que tenían.

Viajó durante catorce años, recorriendo los más lejanos países, y volvió á Cádiz, cuando recibió la noticia de la muerte de su mujer, que dejaba una hija de diez y ocho años, por quien él debía velar.

Su melancolía no habia desaparecido en catorce años de caprichosos y variados viajes; siempre estaba sobresaltado, se creía muy enfermo, hablaba frecuentemente de la proximidad de su muerte, y todos los dias encarecía á su hija sus deseos de casarla pronto, para que al morir él, no quedara sola en el mundo, expuesta á mil peligros y á mil asechanzas.

Su hija tenia ya elegido dueño para su corazón; pero D. Pablo, que nada sabía, la destinaba á un pobre y honrado jóven, hijo de un antiguo compañero suyo.

Cuando habló á éste de su proyecto, descubrió el secreto de su melancolía incurable. — «Diez y nueve años hace, le dijo, que cometí una villanía, abandonando una pobre niña para casarme con la madre de mi hija; desde aquel dia no he tenido uno solo de tranquilidad; por donde quiera que voy, me sigue la sombra de aquella desventurada.... Quiero casar á mi hija, porque una voz, que debe ser la de mi remordimiento, me dice que me amenaza un terrible castigo y á mi hija una gran desgracia. Puede ser que esta sea una preocupacion, pero es una preocupacion que hará horrible mi agonía... si en la hora de mi muerte

no veo á mi hija esposa de un hombre honrado...»

Un mes despues preparábase la boda de la hija de D. Pablo: éste parecia más satisfecho, más tranquilo; el presunto novio no cabia en sí de gozo; se habia gastado un dineral en regalos y alhajas para la novia; su padre le habia comprado una preciosa casa de campo, en la que debia celebrarse la ceremonia.

Llegó la víspera del dia de la boda, y ambas familias, testigos, convidados, etc., se trasladaron á la casita de campo.

Pero amaneció el dia señalado, y todos se presentaron, ménos la novia, quien tuvo la atencion, para evitar suposiciones y conjeturas, de dejar una carta escrita en estos términos:

—«Perdóneme V., padre mio; amo á otro hombre, y huyo con él hasta que V. consienta en concederle mi mano.—V. es muy bueno para mí, y querrá mi ventura.»

—¡Oh! ¡la Providencia! exclamó D. Pablo al concluir de leer la carta.

Y salió desesperado, sin saber á dónde iba, al jardin, que daba entrada á la casa de campo.

Y al ir á abrir la verja, una mujer ciega, apoyada en otra mucho más jóven y extremadamente hermosa, se acercó diciendo:

—¡Señor, una limosna por Dios para esta pobre madre abandonada!...

Don Pablo se estremeció, fijó los ojos en aquellas dos mujeres, y tendiendo sus brazos hácia ellas, cayó hiriéndose el rostro con un hierro de la verja.

La voz de aquella madre abandonada era la mis-

ma voz del remordimiento que clamaba en la conciencia del marino.

La pobre madre estaba ciega, y no pudo conocerle; la hija no habia sabido nunca dónde estaba su padre.

La Providencia castigó á aquel hombre, privándole de la razon.

Los pocos años que estuvo en la casa de locos, los pasó llamando « ¡hijos míos! » á cuantos niños veia, y arrodillándose delante de todas las mujeres.

II.

Los cómicos de afición.

—A los piés de V., señora.

—Vaya V. con Dios.... Dichosos los ojos que le ven á V.

—¿Y Carolina?...

—Tan buena como está, y tan crecidita.... Ahora voy á buscarla....

—¿Al colegio acaso?....

—Nó, señor, nó, al ensayo.

—¿Al ensayo?

—¡Calle V! si me tiene mareada con sus comedias.... Es una afición la que tiene, que ni come, ni duerme, ni se ocupa en otra cosa que en estudiar los papeles....

—¡Cuánto lo celebro, amiga doña Virtudes!... Es una profesion muy honrosa la de actriz, y muy noble ejercerla, como la niña de V., para ayudar á su madre....

—¡Quiá! nó, señor; ¡si no gana nada!....

—Señora, ¿pues qué teatro es ese donde los actores trabajan gratis?

—¡Calle V! ¡si es un teatro casero!

—Me ha muerto V., doña Virtudes.

—Sí, señor, es una sociedad; ya la habrá V. oído nombrar, *El Parnaso*, que da una funcion cada quince dias.... Y si viera V., todos lo hacen muy bien.... y algunos inteligentes dicen que ni en el teatro del Príncipe salen tan bien ejecutadas las comedias.... ¡Vaya! ¡y poquito que quieren allí á la niña!... Como que ella lo hace todo, y tiene un desparpajo y un aquel, que no sé de quién lo ha aprendido, y como canta tan bien.... Sí, señor, tambien canta, y no hay que decir que ha tenido maestros; ella, ella solita ha aprendido.... ¡Vaya! canta ya todas las zarzuelas, aunque me esté mal el decirlo, mejor que las de Jovellanos. El otro dia cantó tan bien aquello de

¿Quién me verá á mí
tan compuesta y empergilada
salir por Madrid?

que el público se la queria comer, y se lo hicieron repetir seis veces.... A mí, ya vé V., me da mucho que hacer con sus comedias, y en mi casa ni se cose, ni se barre, ni se hace nada, porque siempre estamos de ensayo ó de funcion.... pero ¿qué quiere V? como soy tan madraza, cuando la veo salir á las tablas, se me cae la baba y.... ¡Vaya! ¡vaya! voy ántes de que se concluya el ensayo....

—Acompañaré á V., y tendré el gusto de ver á la futura Rachel.

—El gusto será suyo.... Ya sabe V. que ella le aprecia á V. mucho.... Si viera V., muchas veces hemos pensado enviarle á V. billetes; pero, francamente, no nos hemos atrevido, porque como usted es inteligente....

Y hablando de la niña y las comedias, llegamos doña Virtudes y yo á una casa vieja, situada en una calle escéntrica, y cuya entrada parecia ni más ni ménos que la de una cuadra. Entramos en un salon largo y estrecho como la vida de un pobre, y para no interrumpir el ensayo, tomamos asiento en la primera fila de butacas, es decir, en la primera fila de bancos, semejantes á los que se ven en algunas tabernas.

Hallábanse en escena dos señoritos, que á lo sumo tendrían cuarenta años entre los dos.

Y decia el uno:

¡Oh! ¡por qué cuando naciste
en mis brazos no te ahogué!...

¡Y yo soy tu padre!... ¡Nó!

¡Tu padre no puedo ser!

Y el otro, que era tambien director de escena, añadia:

—Chico, si no lo dices con más alma...

—Me vendrás á enseñar tú, contaba el padre...

—Corriente, chico, hazlo como quieras... Si luego te silban...

—Esa no es cuenta tuya...

Y seguía el director de escena:

—Padre, tu rigor modera,
yo respeto tu vejez...

—¿Y qué pretendes?

—Pretendo
casarme con doña Inés.

—¿Con doña Inés?... ¡No en mis días!...

¡Te juro que no ha de ser!

—¡Pues será, yo te lo fio!...

—¡Pues no será, voto á cien!...

—Juntos nos hemos criado,
juntos desde la niñez...

iguales son nuestras penas
y nuestros gustos también...

—Pues igual será el disgusto
que los dos vais á tener...

Yo no soy solo tu padre,

porque soy también tu rey...

—¡Tu autoridad desconozco!...

—¡Hijo miserable!...

—¡Ten!...

ó te pego una estocada...

Aquí viene doña Inés.

—¡Ahora sí que has hecho bien la *transacción*!

Y se presentó en escena doña Inés, que era la hija
de la apreciable doña Virtudes.

—Diga V., pregunté yo á ésta, ¿qué drama es este?

—¡Calle V! si es nuevo también; lo ha escrito un
chico de la sociedad, que es escribiente de una lotería,
y tiene un talento... ¡Ya verá V. qué golpes tiene!...

Y decía doña Inés:

Gran Señor Cielos Ricardo

—Nó, hija, nó, observó el director de escena; se dice así:

¡Gran Señor!... ¡Cielos! ¡Ricardo!

¡Cielos! ¡Ricardo! es aparte.

—¿De dónde vienes, mujer?

—De preguntar á las aves

y á las flores del eden

si mi amor es flor de un día

que nace y muere con él.

—(¡Qué bella!)

—Pues yo, Inesita,

la respuesta te daré...

Es preciso que renunciés...

—Gran Señor, ¡eso es cruel!

—¡Vé V. qué bien corta el verso! me dijo la madre.

—No eres tú, nó, la culpable;

pero hija, ¡cómo ha de ser!

¡Tu madre fué una perdida!...

—¿Cómo perdida?... ¡Oiga V.!... exclamó doña Virtudes. Yo no quiero que se diga eso en la comedia.

—Pero mamá, á V., ¿quién le dice nada?... repuso discretamente la niña.

—No importa, nó; todo el mundo sabe que tú no tienes más madre que yo... ¡Pues no habria luego pocas habladurías!...

—Pues el autor no está aquí ahora, y no se puede enmendar.

—Pues que lo enmiende luego...

—¡Corriente! ¡prosigamos!...

—Nó, señor, no se pasa adelante sin que esto se

arregle, y si no lo quieren VV. así, busquen otra que haga el papel...

—Pero mamá, no sea V. así.

—¡Nada! ¡nada! Vamos á casa, niña.

—Pero señora...

—Vayan VV. á divertirse con una mona... Pues no faltaba más... ¡Oh! y lo que es eso, lo ha puesto el autor para que yo saltase... ¡Habrá títere!... Nó, pues como yo se lo diga á su padre, se gana una paliza que tiene cama para un mes.—Si siempre he dicho yo que de cabeza tan redonda no podia salir cosa buena... ¡Mire V. que tiene mucha gracia poner esas palabrotas en una comedia!

—En eso tiene V. razon, añadí yo, pero no la tiene V. en darse por aludida...

—¡Vaya! ¿V. tambien se pone de parte de ese insolente?

—Señora, yo nó, pero...

—¡Nada! ¡nada! cuando yo no quiero que digan eso en la comedia, ya sé por qué lo hago.

Y con esto salimos del teatro, acompañados de uno de los señoritos, que miéntras yo procuraba convencer á la madre de que era extremada su susceptibilidad, procuraba convencer de su amor á la niña, segun pude comprender por alguna que otra palabra suelta, por las miradas que la dirigia y por los dengues que la pobrecita hacia.

—¿Quién es ese jóven precoz? pregunté á la madre?

—¿Ese?... Ese sí que es un buen muchacho... Es hijo de un tendero. pero que tiene más pesetas... Ya le verá V. en la funcion; ¡qué trajes tan ricos saca!...

Y su padre es el presidente de la sociedad, y se gasta un dineral solo porque se luzca el hijo... Es el único con quien nosotras hacemos migas; porque ya ve usted, mañana ó el otro mi niña tiene que colocarse... y ¿con quién mejor?... Porque, desengañese V., en el día, el hombre que tiene uno, dos ó medio, es el mejor, y ríase V. de cuentos; la mujer debe aspirar á casarse con un hombre á quien le reluzcan las espaldas, sin pararse en si es esto ó lo otro, ó si su padre está detrás de un mostrador ó vende tachuelas.

Y llegamos á casa de doña Virtudes, y allí me despedí de la mamá y la niña, prometiéndolas no dejar de asistir á la funcion, por más que esto fuera imponerme un martirio, y dar la mayor prueba de abnegacion.

Y pasados algunos dias, cuando no me acordaba ya de doña Virtudes, ni del rey, ni de doña Inés, recibí bajo un sobre un billete, que á la letra decia lo siguiente:

EL PARNASO. — Sociedad dramática. — Billeto de convite. — Fila 6.ª, núm. 8.

Y al respaldo el programa, que era como sigue:

1.º Sinfonía por la orquesta.

Como si la sinfonía la pudieran tocar el alumbrante y el recibidor de billetes.

2.º El drama nuevo, histórico, en cinco actos, en verso, escrito por un individuo de la sociedad, que desea guardar el incógnito hasta la conclusion, titulado: *Lo que puede un rey ó las amarguras de doña Ines*, desempeñado por la señorita doña Carolina Perez (la hija de doña Virtudes), y los sócios señores

Martínez, Rodríguez, Fernández, Hernández, Ramírez, etc. etc.—3.º La señorita Pérez cantará la romanza del tercer acto de *Jugar con fuego*, á petición de algunos sócios.—4.º El drama en un acto *El puñal del Godo*.—5.º y último. La comedia en un acto *No más muchachos*.—La función empezará á las nueve de la noche.

—Y se acabará á las nueve de la mañana exclamé; pero esclavo de mi palabra, y no queriendo desairar á la primera dama, me propuse no faltar.

Llegada la hora terrible, me dirigí al teatro, que estaba lleno de bote en bote, de una concurrencia *sui generis*, completamente desconocida, y en la cual habia unas caras de que yo no tenia idea, y que jamás habia visto en ninguna otra parte. El teatro estaba mezquinamente alumbrado por algunos quinqués, que á juzgar por la luz que á la sazón despedían, sospeché que nos dejarían completamente á oscuras á la mitad de la función, tal vez en la escena más patética del drama.

Ya serian muy dadas las diez, cuando, despues de agotar la orquesta (una flauta, tres violines, un fígle, un tambor y un violon) todo su repertorio para entretener la impaciencia del noble concurso, se levantó el telon, y se dió principio á la representacion del drama, que dias ántes habia yo visto ensayar, en parte.

¡Qué manera tan deplorable de representar comedias la de aquellos malditos cómicos! ¡Qué gestos! ¡Qué desentono! ¡Qué manoteo! En verdad te digo, amigo lector, que nunca he sufrido mayor tormento, y jamás he tenido intencion peor respecto del próji-

mo. Yo deseaba para aquellos prójimos el cólera, el tifus, el bubon, todas las enfermedades mortales, y á ser yo quien de ellos hubiera de haber dado cuenta, no me hubiera contentado con ménos de diez años de cadena para cada uno de aquellos asesinos del arte.

Figúrense VV. si lo harian mal aquellos desventurados, que siendo el drama rematadamente malo, ellos eran indignos del drama.

El autor del drama debia ser el animal más grande de los infinitos que hay en el mundo, porque el drama era la bestialidad mayor que se ha imaginado.

La accion era en tiempo de la Beltraneja, y uno de los personajes decia muy sério:

Ayer, yendo con mi hermana,
mientras que fué antes de anoche,
vi á la Beltraneja en coche
en la Fuente Castellana.

Aquel verso que tanto ofendió la susceptibilidad de la madre de Carolina, lo habia variado el autor en un acceso de galantería.

Ya no era—*Tu madre fué una perdida*,—sino *Tu madre fué una Traviatta*, palabra que le sonaba muy bien á mi señora doña Virtudes.

Pero al público le gustaba extraordinariamente el tal drama, á juzgar por los aplausos que le prodigaba, y lo que de él se decian unos á otros.

—¡Mire V. que lo hacen bien! decia detrás de mí una señora mayor, al lado de la cual habia otra con dos jóvenes, no feas, por cierto, que debian ser costureras en blanco, ó cosa así.

—¡Vaya! contestaba otra, yo le digo á V. con verdad, que mejor vengo aquí que al *treato*, porque vamos al decir, que lo hagan bien allí, no tiene gracia, porque al fin, para eso han *deprendido*; pero, ya ve usted, doña Manuela, estos pobres no han tenido maestro ni *prencipios*, y lo que hacen es porque les sale de *adrento*, y da gusto verlos cómo se esmeran ellos, y cómo se poseen del papel, que no parece sino que *talmente* les pasa á ellos lo que dice la comedia.

—¡Y mire V. que es bonita la comedia! contestaba doña Manuela. ¡Mire V. que está bien esa relacion del rey, quejándose de que su mujer no le quiere!

—¡Calle V., si eso hace llorar á las piedras!

—¡Y cómo debian aprender aquí algunos matrimonios que hay ahora; pero sí, sí, no te compongas.... Ahora nadie hace caso de lo que dicen las comedias....

—¡No ve V. que este es el siglo de la *enlustracion*?.... Así está el mundo, que se ve cada cosa, que se queda una con la boca abierta.

Y á cada vulgaridad de las muchas que con pretensiones de pensamientos de gran trascendencia habia en el drama, las dos buenas señoras exclamaban: «¡verdad! ¡verdad!—¡Bien dicho!—¡No es mala la indirecta!—¡Tómate esa y vuelve por otra! etc., etc.»

Y solia decir el actor: «no por mucho madrugar amanece más temprano, ó ¡á dónde irá el buey que no are? ó todos somos iguales despues de muertos,» y otras verdades de igual calibre.

En el entreacto del primero al segundo, la señora

con quien estaban las dos jóvenes, dirigiéndose á una de éstas, exclamó:

—Saca eso, niña.

Y esta presentó á la mamá un pañuelo que envolvía una libreta en dos pedazos, en medio de los cuales se ostentaba una tortilla que trascendía á esca-beche.

—Tome V., doña Manuela, dijo ofreciendo á la otra señora.—Yo siempre traigo algo que comer, porque si no está una hecha una tonta, sin saber qué hacer en los *entremedios*, y como esto se concluye tarde, si no se toma algo, le queda á una una debilidad....

Repartiéronse buenamente la tortilla aquellas mujeres, con grandes risotadas de unos jovenzuelos que estaban en otra fila inmediata, y que de vez en cuando dirigian algun epigramático requiebro á las niñas, quienes se ponian coloradas como pavos, y cuidaban de meterse el bocado en la boca con cierto disimulo, y ponerse despues el pañuelo delante, para que no se advirtiera que en aquel zaquizamí de Talía estaban merendando, ni más ni ménos que si se hallaran de gira en el Vivero ó en la pradera del Corregidor.—Y dieron cuenta de ella ántes que se levantara el telon, y sacudiéronse despues las migas que les habian quedado en las faldas, y se dispusieron á arrostrar las emociones que les iban á hacer experimentar las situaciones del drama, de las que ya sospechaban ellas algo, deduciendo de lo que habian visto en los actos primero y segundo.

Volvió, por fin, á levantarse el telon, y continuaron

los aficionados entrando y saliendo, y diciendo disparates sin cuento, y despachándose á su gusto de la manera más lata posible, con gran contentamiento del ilustrado público, que recompensaba sus deplorables esfuerzos con nutridos aplausos.

Llegó una escena en la que se presentó un nuevo personaje, representado dignamente por un zángano, que de puro animal le debia nacer la yerba bajo la barba, y que adelantándose gravemente y deteniéndose cómicamente al ver al rey, exclamó:

El rey cielos me he perdido.

—¡Ah bárbaro! exclamé yo sin poder contenerme.

—Caballero, *repórtese* V., me dijo un señor que estaba á mi lado, y en quien hasta entónces no habia reparado yo.

—¿Qué quiere V. decir?... le contesté.

—¡Nada! repuso; que ha llamado V. bárbaro á mi hermano político, y yo no lo consiento.

—¡Hola! ¿conque D. Nuño Pero de Perez (así se llamaba aquel personaje) es cuñado de V?...

—Sí, señor, para servir á Dios... Y ya ve V. que estando yo casado con su hermana, no he de consentir que en mis barbas se le llame bárbaro...

—Lo que no debia V. consentir es que en las barbas de tanta gente honrada saliese él á decir disparates y á dar de bofetones á Talía, Melpómene y demás señoras del Parnaso.

—Mire V., añadió, me parece que V. se quiere *guasear* conmigo, y mire V., lo que es conmigo no se divierte V., porque...

—Vamos, hombre, no sea V. tan majadero como el hermano de su mujer de V... He dicho «¡Ah, bárbaro!» porque ha salido diciendo un sacrilegio, y porque tiene las mismas disposiciones para el teatro que yo para echar tapas y medias suelas.

—Es claro, observó una de las señoras de la tortilla, terciando en la conversacion; ¡querrá V. que aquí lo hagan como en el *trato*!... Ya ve V., el que más y el que ménos está toda la semana trabajando, y no tiene mas que el domingo para *ensayarse y destruirse*.—Y sobre todo, ¿á qué viene V. si no le gusta?... Aquí á nadie se obliga, y el que no lo quiera así, que no venga, que aquí nos divertimos sin hacer daño á nadie...

—Sí, señora, sí, se divierten VV. perjudicando notablemente á la literatura; bien que V. no sabrá quién es esa señora...

—Nó, señor, ni ganas... Alguna cómica empingorotada...

—Y se divierten VV. perjudicando muy mucho á esos jóvenes, á quienes los infinitos aplausos que VV. les prodigan engríen lastimosamente, haciéndoles presumir que, abandonando el oficio que emprendieron, y emprendiendo la carrera del teatro, van á seguir el camino que directamente conduce á la gloria... Y lo que sucede despues es que el público, cuando llegan ellos á lograr presentarse en un teatro, los desprecia profundamente; y olvidados ya del oficio que ántes tenían, ó aficionados al trato de los artistas y á la vida del teatro, siguen con su manía años y años, debiendo resignarse por último á ocupar en la escena un lugar insignificante, y á vivir miserablemente, y á no tener sobre

qué caerse muertos el día en que las enfermedades y la vejez los inutilicen para la escena, y á morir en un hospital abandonados de todos, y sin que sus nombres queden mas que en los repartimientos de alguna comedia, entre los últimos personajes de la misma.—Si le parece á V. ahora que los aplausos que dan VV. á esos pobres muchachos no les hacen más daño que otra cosa...

—¡Báh! ¡báh! eso es poner la horca ántes que el lugar. Esos chicos no han de ser cómicos...

—¡Oh! sí, señora, sí, lo serán, porque V. no sabe cómo halaga á estos jóvenes la esperanza de ser aplaudidos y aclamados, y qué mágica influencia ejercen en ellos esas abigarradas decoraciones, y esos trajes exóticos, y las delicias, en fin, de que ellos creen llena la vida del actor.—No saben ellos que la vida del verdadero artista es la vida del trabajo y el estudio; no saben ellos que no se ganan los aplausos del público sino despues de muchas vigiliás y de muchos dolores... Pero me parece que es inútil que hablemos de eso, señora, porque ni V. entiende de esto, ni yo he de perder el tiempo discutiendo con V., aunque lo mismo me da perderlo así que perderlo oyendo las sandeces del drama.

—Diga V., me preguntó una señora que me habia estado escuchando con profunda atencion, ¿es V. del teatro?

—Nó, señora, nó, le contesté; yo tengo la buena cualidad de no intentar hacer mas que lo que puedo; y si me hubiera dedicado á ser actor, ya me hubiera muerto á pesadumbres el público.

—Porque le diré á V.: yo tengo una hija, esta que ve V., que ántes trabajaba aquí, pero, ¡cosas de muchachas! se puso de punta con la Carolina, y hace dos meses que no trabaja; porque como la otra es tan loquilla, y dicen que si fué que si vino con el hijo del presidente, que ántes la queria á esta, todos la miman mucho, y para ella son siempre los papeles de lucimiento; esta, ya ve V., no ha querido ser ménos, ni que se ria de ella nadie... ¡Jesús! y lo que es en eso, ha hecho bien, porque ¡válgame Dios! si su padre levantara la cabeza y viera lo que aquí hacian con ella... ¡Ay! con verdad le digo á V., que mil veces he dado gracias á Dios porque no hay hombre ninguno en casa, porque de fijo hubiéramos tenido alguna desgracia por el dichoso teatro... Así es, que nos hemos retirado, y aquí venimos para que no digan que estamos picadas; pero, mire V., no lo puedo remediar, la sangre se me sube á la cabeza cuando veo á esa tontuela haciendo los mejores papeles... Pues sí, señor, queria que V. me dijera si la niña sirve para el caso, porque ya ve V., yo soy viuda, las cosas están muy malas, cosiendo no se gana nada, y en fin, yo quisiera que ya que ha empezado, siguiera la carrera...

—Señora, le contesté, yo no tengo motivos bastantes para juzgar de las disposiciones de su hija de V....

—¿Le parece á V. que la *meta* en el *Conversatorio*?

—Nada pierde por eso; allí aprenderá mucho más que aquí, eso sí; pero si no tiene vocacion de actriz, génio de artista, perderá el tiempo lastimosamente...

—Pero allí me dirán...

—Sí, señora, sí; allí le dirán á V. que sí, pero podrá no ser verdad...

Terminaba el drama, y el público comenzó á pedir la salida del autor, que no estaba deseando otra cosa por lo visto, puesto que al momento se presentó en escena.

Era un imberbe mancebo, que luego se manifestó en la sala, acercándose á saludar á unas señoras, entre las cuales habia una vieja, que abrazándole fuertemente, le dió dos sonoros besos, y despues un par de yemas y una rosquilla. Era la madre del nuevo Comella, que no habia podido resistir á sus instintos maternales; pero el muchacho se puso muy sério, y la rechazó, como avergonzado de aquellos besos que le daba su madre... Yo le hubiera dado un par de puntapiés por poetastro nécio y por hijo ingrato.

Conforme estaba anunciado, cantó despues la hija de doña Virtudes la preciosa romanza de *Jugar con fuego*. ¡Ay! ¡querido Barbieri! si tú la hubieras oido, tú, de carácter tan bondadoso y pacífico, no habrias podido resistir aquel exabrupto, y hubieras dado un puntapié á cada uno de los profesores de la orquesta, y puesto de vuelta y media á la prima donna.—¡Y aquel público la hizo repetir!

Siguió *El puñal del godo*, que bien supieron ellos lo que se hacian aprovechando la ausencia de Zorrilla. Si éste hubiera estado allí, ó mueren ellos ó él.

Cuando acabó la pieza *No más muchachos*, en la que lució toda su habilidad la hija de doña Virtudes, me apresuré á salir del teatro, diciendo: «No más comedias de aficionados!» dándome á todos los diablos y lle-

nándome de improprios por haber sido tan débil y haber asistido á aquella monstruosa funcion.

Eran las tres y media, y las calles estaban como boca de lobo. Al volver una esquina tropecé con un bulto, que era un hombre muy templado, que con voz cavernosa me dijo:

—«¡La bolsa ó la vida!»

—Para servir á V., le dije:—Tome V. la vida y me hará gran favor, porque así me libraré de ver las cosas que se ven en este mundo.

—Nó, señor, contestó; vengan la capa, y el gaban, y el reló.

Y él mismo, para que yo no me molestara, tuvo la amabilidad de tomar estas prendas, enseñándome al mismo tiempo una navajita como de media vara.

Al dia siguiente amanecí con pulmonía, y si no me llevó Dios, fué porque Dios, que es justo, no podia permitir que yo dejara de dar su merecido á los *cómicos de aficion*.

III.

El coche de plaza.

Toma la palabra un cochero, y dice:

«Pues señor, como digo, ayer á las siete de la mañana saqué el carruaje de la cochera, y enganché el caballo, á quien me costó gran trabajo despertar, lo que me sucede todos los dias con el animalito; y es, segun he podido comprender, que como cuando vuelve á la cochera cada noche, cree que no va á volver á levantarse,—tal está de cansado, hambriento y desesperado de su condicion,—cuéstale mucho por la mañana convencerse de que todavía no se ha muerto.

Enganchado el caballo, entréme en la tienda de la esquina, tomé dos medias copas, que aunque no dan más aguardiente en dos medias que en una entera, me gusta más tomarlo en dos, porque siempre dos son más que una; subí despues al pescante, puse en su lugar la tablilla, que prueba la *venalidad* del dueño del

carruaje, di un latigazo al jamelgo, y me dirigí al punto.

No bien habia dejado la fusta sobre la tapa del coche, y dado los buenos dias á mis compañeros que se hallaban allí, y sacado del bolsillo el número de un periódico, que lo compramos entre todos todas las noches, y cada noche se lo lleva uno, que no por ser cocheros nos deja de gustar saber noticias y ver cómo le ponen al Gobierno, cuando un hombrecillo bajo, gordo, con hongo y un saco de noche en la mano, abrió la portezuela y se me entró en la berlina, diciendo:

—¡A Valladolid!

—¿A dónde? le pregunté con asombro, al mismo tiempo que el caballo, que habia oido dónde queria ir aquel caballero, derramaba dos lágrimas y enderezaba las orejas.

—¡Hombre! á la estacion del ferro-carril he querido decir, contestó mi hombre; ¡estoy tan aturrido!..... Anda, añadió, anda deprisita, que mi mujer está de parto en Valladolid, y hace mucho tiempo que no la veo, y estoy rabiando por verla.

Y como al caballo le cogia un poco descansado, en un momento llegamos á la estacion: bajóse mi hombre, alargóme un napoleon, yo no tenia cambio; fui á buscarlo, me entretuve en los puestos donde fui á cambiar la moneda, sonó el pito de la locomotora, mi hombre entraba y salia de la estacion á ver si le llevaba el cambio, me llamaba, yo buscaba el cambio, sonó otra vez el pito, y mi hombre desapareció sin duda en direccion á Valladolid, sin atreverse á llevar-

se el coche en cambio del cambio, y resultó que yo habia cobrado un napoleon por una carrera que vale una peseta.

—No empieza mal el dia, me dije; y allí mismo, antes de que me *tomaran* otra vez, echéme otra copa de aguardiente al cuerpo, y volví á dirigirme al *punto*; ya estaba á punto de llegar al *punto*, cuando una señora, con el velo echado y un airecito de buen tono, que nadie conocé estos aires como los cocheros, me llamó, y montando en la berlina, me dijo:

—¡A la Castellana!

—Temprano va á paseo esta señora, me dije; y me dirigí hácia la Castellana.

Cuando llegamos ví otra berlina parada, que no era por cierto de alquiler.

La señora bajó de mi coche y se dirigió á la berlina, y un momento despues, el cochero de la berlina vino á darme una peseta.

Confieso que me dolió esta humillacion de recibir dinero de un cochero más servil y ménos independiente que yo, y fuíme murmurando de mi suerte, de aquel cochero, y sobre todo de la señora aquella que tomaba un coche para ir á la Castellana y le daban otro para pasearse.

Y volví á dirigirme al punto, cuando un caballero muy limpio y compuesto me detuvo con un gesto, y me manifestó su deseo de que le llevára á casa de un ministro, que ya sabía yo dõnde vivia, por haber llevado allá muchos pretendientes. Entró en la casa, y bajó luego murmurando:

—¡No está!.... ¡No está!.... ¡Si estuviera donde yo

dijera!.... y me dijo: «¡Al ministerio!» Llegamos al ministerio; entró mi caballero, y á poco volvió á bajar, apretando los puños y con un gesto de dos mil demonios, y se metió en el coche.

—Aquí voy á esperarle hasta el dia del juicio, exclamó cuando estuvo dentro del coche.

Yo, que lo oí, acurruquéme á dormir, confiado en que si esperábamos allí el dia del juicio, ya me despertarían las trompetas.

Y en efecto, las trompetas me despertaron, pero no eran las del juicio, sino las de la guardia que iba á la parada; el caballo creyó sin duda que eran las del juicio efectivamente, y sin darme tiempo de contenerle, salió á escape en direccion al Prado, sin parar hasta la fuente de Neptuno.

El caballero que iba en el coche gritaba:—¡Para, animal!—¡Me piérdes!—¡Ya habrá ido!—¡Ya no le puedo ver hoy!.... ¡Bárbaro, para!

Y en cuanto paró la berlina, salió lanzándome los más vergonzosos epítetos, y echó á escape con direccion á la Puerta del Sol.

Yo, como no me había pagado, empecé á gritar: «¡A ese! ¡A ese!» y un soldado le detuvo, poniéndole la bayoneta al pecho, que no sé cómo no lo atravesó.

Negábase á pagarme; pero al fin, respetando á la autoridad de un inspector de policía, se convino á satisfacerme hora y media, convencido á *fortiori* de que si el caballo se habia desbocado despues de hora y media de tomar él el coche, la hora y media pasada ántes era un hecho consumado, uno de esos hechos

que hay que admitir, porque no hay otro remedio.

Haciendo mis reflexiones iba yo en mi pescante, cuando un jóven me tomó y me dijo que le condujera á la Vicaría.

Ganas me dieron de llorar al oírle, pensando en el paso que iba á dar aquel mozo.

¡Tantos he llevado yo á la Vicaría guapos, elegantes, alegres, que luego los he visto siempre á pié, tristes, estropeados y envejecidos!...

Pagóme una carrera y allí se quedó, hablando á la puerta de la Vicaría con dos que le esperaban, y que por lo satisfechos y alegres que parecían estar, debían ser los testigos de la desgracia de aquel jóven incauto.

Y ya habia llegado á la Puerta del Sol sin encontrar quien me *tomara*, cuando me *tomaron* dos señoras, una vieja y otra jóven, que tardaron veinte minutos en hacer entrar las faldas dentro del coche y en terminar el diálogo siguiente:

—Hija, levanta, que me pisas el vestido.

—Mamá, hágase V. allá, que me chafa las mangas.

—¡Qué coche tan tronado!

—¡Y sin bigotera!

—Ya estará Julio esperándonos.

—Pues yo no he tenido la culpa; ¡pero como tardas dos horas en vestirme!...

—Como que no encontraba las medias ni me acordaba dónde las habia puesto.

—¡Cómo que eres una descuidada! ¿A quién se le ocurre guardar las medias en el bolsillo de la bata?

—¡Toma! cuando me las quito, siempre las guar-

do para que no se pierdan..... V. las deja debajo de la cama, y luego, cuando barre por la mañana, las suele tirar á la basura.

—¿Dónde vamos! pregunté yo.

—Espérese V., hombre, me dice la mamá, que la niña se está poniendo una liga.

Y prosigue hablando con la niña:

—Vamos, despáchate, hija.

—Mamá, mire V. si tengo bien hecha la castaña.

—Sí, sí, nadie dirá que no es tuya.

Y acto continuo me dice la vieja:

—¡A la Vicaría!

—¡Ay de mí! exclamé; esta es la novia del otro.

Y en efecto, cuando bajaron del carruaje las dos señoras, recibieronlas el novio y los testigos, que estaban á la puerta, con grandes señales de satisfaccion y contento.

Volvime encomendando á Dios al pobre víctima, y un hombre jóven, con aspecto de trueno,—que los cocheros los conocemos muy bien,—se entró en la berlina, diciéndome:

—Por la ronda, por donde quieras.

Salimos por la cuesta de la Vega, dimos dos vueltas á Madrid, y mi hombre sin salir del coche.

Iba hablando solo, y bastante alto, creyendo que yo no le oiria.

—Es preciso, decia.... Por un lado 10,000, por otro 4,000, por otro 8,000, por otro el sastre, la patrona.... Con diez golpes me armaba; pero, sí, sí.... ¡Nada! ¡lo dicho! así se quedan todos iguales....

Y no sé cuándo hubiera terminado el paseo, si no hu-

biese pasado un jóven á caballo, á quien mi parroquiano llamó, y oí que le pedia diez duros, que aquel le dió.

Tranquilo yo respecto del pago del coche con los diez duros que habia recibido mi hombre, que ya empezaba á darme que sospechar, encaminé mi caballo al café del Iris, segun la órden que recibí.

Entró el jóven en el café, y como pasara más de una hora sin manifestarse, entreabrí las vidrieras para cerciorarme de que allí estaba, pero no le ví; entré en el café, y nada.... y salime avergonzado, porque los mozos se reian de mí al saber el chasco que me habia dado el señorito, entrando por la calle de Alcalá y saliendo por la Carrera de San Gerónimo.

Juré cruzarle la cara con el látigo cuando le echara la vista encima; pero este juramento no me dió los veinticuatro reales que importaban las tres horas de coche.

Y cuando iba trinando mejor que la Penco y descargando mi furia en el *penco* que tiraba del carruaje, un hombre de mala facha me paró y me dijo:

—¡*Al Saladero!*

Fuimos al Saladero, y cuando salió mi hombre, le acompañaba otro de no mejor facha, que entró con él en el carruaje.

—A la taberna de la calle del Salitre, me dijeron.

Durante el camino pude oír parte de la conversacion de aquellos dos hombres.

El que me habia tomado, decia:

—¡Qué bien nos ha venido que te pongan en libertad!

—¡Qué! ¿Hay algun negocio? preguntaba el otro.

—¡Ya lo creo! Y que nos valdrá treinta onzas á cada uno....

—Mira, que estoy muy escamado.

—No tengas miedo, es casa *segura*, y á la criada la camelo yo.

Despidiéronme con una buena propina, cosa que no me extrañó, porque me parece que á aquellos dos individuos no les costaba gran trabajo ganar el dinero.

En la calle de Santa Isabel me detuvo una pobre señora, y me hizo acercarme á una puerta, de donde salió, sostenido por dos hombres y rodeado de niños, un hombre enfermo con semblante cadavérico, quien despues de besar á la señora y á sus hijos, entró con la primera en el coche. Los niños lloraban, la señora y el enfermo y los que le sostenian lloraban tambien, y yo creo que hubiera llorado si no hubiese sido cochero.

Uno de los que habian ayudado al enfermo á subir al coche, me pagó una hora y me dijo:

—¡Al hospital!

Durante el camino la mujer lloraba, y el enfermo la consolaba.

—Allí me pondré bueno, decia; ya ves que en casa no tenemos para medico y botica, que los niños tienen que comer, y mi enfermedad les privaria de todo....

—¡Pobres de nosotros! exclamaba la mujer.

Y allí quedó, en el hospital, y media hora despues volví á traer á su casa á la señora, que lloró aquel dia más que otras mujeres en toda su vida.

Fuíme despues de este viaje á relevar el caballo, y á las tres de la tarde ya estaba en el punto otra vez, donde no me detuve mucho, porque dos caballeros me

tomaron y me llevaron, es decir, yo los llevé, digo, el caballo nos llevó á un entierro.

Durante todo el camino, los dos caballeros hablaron de todo ménos del muerto; hablaron de mujeres, de política, de teatros, de viajes, de proyectos para hacerse ricos, y cuando volvimos sucedió tres cuartos de lo mismo.

Aun lleve á uno de aquellos señores á cierta casa que yo sé que es de juego, y á otro á la redaccion de un periódico, sin duda á poner un elogio del muerto, y á decir que él estaba inconsolable y le habia acompañado á la última morada.

Hasta despues de anochecer descansamos mi caballo y yo.

Luego fuí hasta las puertas de todos los teatros de Madrid, atropellé á un chico, á una vieja y á un perro, y de estos atropellos salí sin novedad, gracias á la desesperacion del caballo,—que algunas veces los caballos de estos coches corren con un valor que es más temeridad, y que tiene por objeto reventar, que los caballos de estos coches son muy propensos al suicidio;—llevé á un marido á buscar á un cirujano, á una mujer á buscar á su marido que estaba en la *timba*, á un herido,—á este gratis para mayor dolor,—á una casa de socorro, y á un borracho á la suya.

Y á la una estaba ya en la cochera.

Ayer no fué gran dia de trabajo.

Como mi coche es berlina de dos asientos, me pierdo muchas bodas y bautizos, y algunos desafios, porque estas solemnidades requieren coches de mayor cabida.

IV.

El marido cominero.

Hay mujeres que fuman, que escriben obras patibularias, que manejan el florete, que juegan al monte, que leen los artículos de fondo de los periódicos, que montan á caballo, que juran, que arrostran los mayores peligros con ánimo tranquilo y frente serena, que dicen una fresca al lucero del alba ó aplican una bofetada á quien les dice una palabra más alta que otra; pero esas mismas mujeres que tienen todas las cualidades impropias de su sexo, no olvidan completamente su condicion, y en ocasiones dadas se enternecen, y lloran, y aman, y son buenas madres, y demuestran, en fin, ser tan mujeres como la primera.

Pero hay hombres que son hombres tan solo porque no han nacido mujeres, que no tienen ninguna de las buenas cualidades que pueden tener los hombres, y sí todas las malas que suelen tener las mujeres.

La mujer que se casa con uno de estos hombres, puede decir que se ha casado con otra mujer.

Y esos hombres son furiosamente aficionados al matrimonio, con lo que dicho está que todos se casan, porque como las mujeres son tan aficionadas como ellos, y como nunca falta un roto para un descosido, y un hombre vale mucho, y la ocasion la pintan calva, fácilmente encuentran mujeres dejadas de la mano de Dios que los admitan por dueños de sus corazones y con ellos se unan en indisoluble lazo.

Tal vez las pobrecitas se arrepienten despues; pero ya es tarde; el defecto que padecen sus maridos no es de los que la ley exige para autorizar el divorcio, y, mal que les pese, tienen que armarse de paciencia y vivir mártires hasta que enviudan, si es que no enviudan ántes sus maridos.

El vulgo llama *comineros* á estos maridos.

Acepto la calificacion del vulgo, por más que no tenga razones suficientes que aducir en apoyo de la propiedad de la frase.

El marido *cominero* no es nunca artista, ni literato, ni poeta; siempre es propietario, ó cirujano comadron, ó teniente coronel retirado, ó empleado modesto, ó cesante, ó prestamista, ó maestro de escuela ó de baile, ó sastre, ó peluquero.

El marido *cominero* es siempre avaro y desconfiado; desconfia de su mujer, de sus criados, de sí mismo. En su casa no hay más bolsillo que el suyo, y esto es lo que siente, porque él es quien tiene que hacer el gasto.

Pero ya que no puede prescindir de esta dolorosa necesidad, se consuela con no confiar á nadie el encargo de comprar lo que cada dia se necesita en la casa,

y él mismo es quien interviene hasta en la compra de un ochavo de perejil.

El mismo, apenas amanece y las escandalosas campanillas de las burras de leche anuncian al filósofo cuán frágil y deleznable es la materia humana, y cuán peligrosa y ocasionada á muerte prematura es en las ciudades la vida de la juventud, salta de la cama, coge la cesta, se envuelve en la capa vieja, y ni más ni ménos que las dignas hembras que componen el *ramo de criadas*, se presenta en la plazuela del Cármen ó de Herradores, y se dispone á comprar el necesario alimento.

Vean VV. cómo señala al carnicero la parte de la res de donde ha cortar la media libra de carne que necesita; cómo le hace observar que el peso no es *corrido*, y que la cantidad de *hueso* es excesiva; cómo entabla un animado diálogo con la verdulera á propósito de las he-ladas que caen y agostan la escarola, y sobre si es mejor la patata manchega que la gallega; cómo huele la merluza, para cerciorarse de si es ó nó fresca; cómo recorre todos los puestos de la plazuela hasta hallar lo mejor y más barato; cómo regatea, cómo pregunta, solo por curiosidad, los precios de lo que no trata de comprar; cómo mira y remira las monedas que le dan en la vuelta, y las suena en el suelo, y las restrega en la suela de las botas, y las muerde, y las toma por fin, advirtiendo que las devolverá si resultan falsas, y cómo se burlan de él los vendedores, y las criadas, y los soldados que van con las criadas, y cómo le siguen los perros vagabundos, y cómo vuelve á su casa tan ufano, y entrega á la criada, si la tiene, el contenido de la cesta, ponderándole la bondad de los comestibles, y encare-

ciéndole la necesidad de que economice el aceite y el carbon.

El marido *cominero* se constituye siempre en criado de su mujer; pero como es el peor de los maridos, es tambien el peor de los criados; es un criado oficioso, entrometido, curioso, resposdon; su mujer no goza hora de sosiego ni momento de libertad.

El marido la espía constantemente, con la buena intencion de servirla en cuanto pueda serle útil, pero esta oficiosidad es lo que ménos agradece una mujer... en su marido.

El marido *cominero* toma una parte activa en el arreglo de la casa.

Apénas ve una mesa cubierta de polvo, se acerca cautelosamente al mueble, pasa un dedo por la superficie, y llama á su mujer ó á la criada, no para que limpien la mesa, sino para que vean que tiene polvo; y él mismo es quien toma una rodilla de mano de la fámula, y limpia la mesa, encareciendo á la vez lo útil de la limpieza y la desgracia que es para él no vivir entre gente limpia.

Todos los dias pasa revista á los muebles, y todos los dias encuentra alguna falta que reprender; las personas á quienes reprende suelen oírle como quien oye llover, y esto es lo mejor que pueden hacer, porque si alguna vez le contradicen, se empeña una discusion tan prolija como estéril: la mujer clama porque la han usurpado sus derechos; el marido la declara inútil de solemnidad para el gobierno de una casa; la criada expone que en ninguna casa le ha sucedido cosa igual, y manifiesta que el señor la tiene *frita*, y que los hombres

no deben entrar en la cocina, y la cuestion suele terminar con un síncope de la señora, un puntapié que el marido da á la perra de la señora, y un *respingo* de la criada, adicionado con un *¡Miste que Dios!* ú otra frase tan castiza y de buen tono como esta.

¡Qué es ver al marido cominero aprovechar los momentos en que la criada no está en la cocina ó en casa, y correr con una fruicion digna de mejor causa á inspeccionar los pucheros y á probar el guisado, y á ver si hay sal molida, esto no más que con objeto de molerla él mismo si no la hay, para sorprender y avergonzar á la criada, que por su parte ni se pica ni se corre! ¡Qué es verle, si tiene niños, cuidar de ellos con el mismo esmero que la nodriza más práctica! ¡Cómo los pasea, cómo los calla, cómo adivina lo que desean ó lo que necesitan, cómo los duerme!...

El marido cominero sería una joya inapreciable para la mujer casquivana y coqueta, pero regularmente los maridos de esa especie son celosos como turcos, y llevan siempre á la mujer colgada del brazo.

Hay mujeres que se acostumbran á estos hombres, pero regularmente — debo hacer justicia al bello sexo, — los abominan con toda su alma cuando les conocen la manía, y los desprecian cuando se convencen de que no hay remedio humano que pueda curarlos.

He dicho que estos maridos son avaros; sus mujeres no pueden tener un capricho, ni comprarse un mal vestido sin la intervencion del esposo, que quiere imponer sus gustos á su mujer, hasta en las cosas que son del uso exclusivo de la infeliz.

La pobre mujer tiene que vestirse al capricho de su marido , so pena de andar desnuda.

El marido cominero en visita , no habla como nosotros , de teatros , de literatura , de política ó de viajes ; habla en primer término de su casa , de las criadas , proponiendo estupendos medios de mejorar el *ramo* , de la facilidad con que se *va* un duro sin saber en qué , del buen caldo que hace la carne de *pierna* , de las ventajas que resultan de comprar los garbanzos por mayor , de los meses que caen como agua , y del excesivo precio de los alquileres de las casas , de los achaques que aquejan á su mujer , y de los remedios óptimos que , sin deberlos á ningun médico , conoce él para curar los dolores de muelas , y las quemaduras , y el reuma , y la jaqueca , y de cómo sabe cuándo va á llover , ó á nevar , ó á variar el tiempo , sin más averiguaciones que consultar un ojo de gallo que tiene en el dedo índice del pié izquierdo.

Figúrense VV. si su conversacion será amena , instructiva y variada.

El marido cominero no es aficionado á la lectura , pero todos los dias indefectiblemente lee de la cruz á la fecha el *Diario de Avisos* , que le facilita el tendero de la esquina , como que es el único periódico que tiene algun interés á sus ojos. Suele tener tambien el *Arte de cocina* , que consulta en las ocasiones solemnes , cuando se celebran sus dias , ó los de su mujer , ó el de San Isidro , ó la Noche-buena ó Todos-Santos.

En esos dias , él es quien dirige los trabajos culinarios , él quien dispone la mesa , y él probablemente el que sufre una indigestion , resultado preciso de la gula ,

porque el marido cominero es *gourmand* por excelencia, por no decir tragon en prosáico castellano.

El marido cominero, considerado políticamente, no es progresista por no ser miliciano; es absolutista, pero absolutista tranquilo, confiado, inofensivo, pasmo de paciencia, digno de ser imitado, que leeria de buena gana, si le suscribieran gratis, *La Esperanza*, periódico que tantos años há espera sin desesperar, y que, á pesar de todo, á pesar de que no le queda ya de sus esperanzas mas que el nombre, *va á gusto en el machito*, como se decia en los verdes tiempos de la *Pitita bonita* y de *¡Vivan las caenas y muera la nacion!*

El marido cominero no va al teatro mas que los dias señalados, y cuando se hacen comedias de mágia; va al café todas las noches un ratito, pero va á ver jugar al billar, y no más.

A las diez ya vuelve á casa, escribe en un cuadernito *ad hoc* la lista de la compra, suma, compara el resultado de la suma con el gasto del dia anterior, ó del año pasado, y discute con su mujer sobre qué principio traerá al dia siguiente, ó sobre el aceite que se gasta en el farol de la escalera, y sobre si esta semana le toca al vecino del entresuelo, y la próxima á la vecina del principal; despues escribe la lista de la ropa que hay que entregar á la lavandera, discurre acerca de las consecuencias del lujo y de la carestía de los comestibles, limpia su ropa, sacude al balcon el vestido de su mujer, lo guarda todo cuidadosamente, llama á la criada, la recomienda que se levante temprano y que deje bien recogida la lumbre, y que cuide que no se vaya la perra, registra la casa,

da vuelta á la llave de la puerta de entrada, echa el cerrojo, apaga el quinqué, enciende la lamparilla y se acuesta.

Si tiene algun tierno vástago que de noche se desgañita, el marido cominero se levanta en calzoncillos y pasea por la sala á la criatura, cantándole el *Triste Chactas*, hasta que el angelito se duerme.

Y apénas amanece va á la compra otra vez. El marido cominero, visto desde fuera, es un tipo del género cómico más levantado: visto dentro de su casa, es un tipo repugnante hasta no más.

Creo que ninguna mujer se casaria con un hombre de ese género, si viviera ántes á su lado un mes no más.

Una mujer no puede amar á quien es más débil y más curioso que ella.

Se me olvidaba decir que el marido cominero siempre hace el amor á la criada.

Las mujeres de su casa, como vulgarmente se dice, son las mejores esposas, las mejores madres; pero los maridos que hacen los oficios de las mujeres, ni para estos ni para otros oficios sirven.

No son hombres ni son mujeres; son tontos.

V.

La mamá y las niñas.

Conozco hace algunos años una respetable señora, viuda de un intendente — (á juzgar por el prodigioso número de viudas de intendentes que andan por esas calles de Dios, podría creerse que cada intendente ha sido esposo de diez ó doce mujeres) — que tiene tres hijas graciosas, frescas y muy compuestas, conocidas en el Prado, en los anfiteatros de nuestros coliseos, y por supuesto en el paraiso del Real, en los bailes de máscaras, en las iglesias cuando hay funciones solemnes, y sobre todo, en su casa, calle del Desengaño, número tantos, cuarto tercero.

Estas señoras son las de Morales; así las llaman sus conocidos y amigos, aludiendo al nombre del intendente, que fué á morir precisamente cuando más falta hacía en el mundo, porque, como dice su viuda, doña Nicolasa, si las tres hijas hubieran sido hijos, sobre no darle tantos cuidados, hoy le servirían de algo, y ella

no tendria quebraderos de cabeza, porque los tres podrian estar colocados, y malo habia de ser que no procuraran ayudar á su madre. Pero como no son hijos, sino hijas las que doña Nicolasa dió á luz, la pobre señora há tenido que armarse de paciencia y educarlas de la mejor manera posible, para que las tres puedan llegar á cumplir su mision en este mundo, cuya mision consiste en hallar cada una un hombre honrado con quien unirse en matrimonio... y ¡á vivir tropa!

Y como para hallar una cosa, las más de las veces es preciso buscarla, y como hallar un marido es mucho más raro que encontrar veinte mil duros en medio del arroyo, he aquí por qué doña Nicolasa busca hace bastante tiempo lo que sus hijas necesitan, y por qué éstas no han encontrado aun los tres prójimos á quienes la buena de la intendenta ha de dar el dulce nombre de hijos, diciéndoles de paso: «¡Ahí queda eso!»

Las de Morales son, como he dicho, conocidas en todas partes; si va V. al Prado, allí se las encontrará V. sentadas, muy sérias las cuatro, sin hablar ni ellas ni la mamá, mas que para decirse:—*¡Ahí va Juanito!*—*Ese es el pollo del otro dia.*—*¡Mira, mira qué elegante va la de Rosales!*—*¡Cómo va luciendo el marido!*—*¡Pues ya está bien desengañada!* etc. etc. Si al capitán general se le antoja pasar revista á la guarnicion, al mismo tiempo que van los batallones á formar, van tambien doña Nicolasa y sus hijas, con objeto de recorrer la línea, y como si tuvieran particular interés en admirar la apostura y gallardía del soldado; y en honor de la verdad, debo decir que ellas pasan revista á las tropas con más detenimiento y mayor escru-

pulosidad que el mismo general, y se informan sobre todo con especial atencion del buen porte de los oficiales, que son los que deben dar ejemplo al soldado de aseo y marcialidad.

Si hay procesion, ó se celebra el aniversario del Dos de Mayo, ó se abren las Córtes, ó se lleva al cementerio á un personaje, no faltarán en la carrera las de Morales, aunque las abraze un sol de justicia; si Fulanito recibe la investidura de Doctor en la Universidad, ellas son las primeras que toman asiento en el Paraninfo; si un sábio es recibido Académico en la Española ó en la de la Historia, ó en cualquiera otra Academia, allí verán ustedes á doña Nicolasa y las niñas, oyendo con profunda atencion un discurso sobre el arte griego ú otro sobre aquel célebre hecho de las mujeres de Lenmos, que abandonadas, por intrigas de Vénus, de sus maridos, ahogaron en una noche á todos los hombres de la isla, ú otro sobre la imprescindible necesidad que tiene de la mujer el hombre, y viceversa, para constituir la familia, etc., etc., discursos que luego dan á las de Morales ocasion de hacer caprichosos comentarios, y en los que rara vez dejan de hallar algo que aplicar á sus circunstancias. En Semana Santa recorren todas las iglesias, y se pasan cinco ó seis horas oyendo sermones, sentadas en el santo suelo, si no hay bancos en el templo; y ántes, en Carnaval, se han pasado las tres y las cuatro noches seguidas sin pegar los ojos, sofocadas con la careta, bailando con los amigos, y bromeando á más y mejor; y en esas noches hasta doña Nicolasa ha dado sus vueltecitas de wals, porque como tiene buena estatura y buen pelo, con la careta parecé otra cosa y da un

petardo á cualquiera, además de que ella es el demonio para eso de embromar y marear á los hombres en las máscaras, tanto, que todos se van tras ella, y se la disputan para bailarla y para llevarla al ambigú, lugar del desengaño, pues una vez allí, la pobre señora no puede más con la careta, y se la quita para *comer á gusto*, y presenta sus tres hijas, cuya presencia consuela al desgraciado mancebo, al mismo tiempo que le pone en el caso de *espontanearse* más de lo que pensaba ó de lo que le permite su condicion de oficial 32.º de la clase de décimos de un ministerio, ó teniente graduado, ó sargento primero y escribiente de la Direccion de infantería.

Y todo esto lo hace doña Nicolasa por las niñas, porque ya hay que pensar,—y lo está pensando hace ocho años—en que se coloquen, y este resultado no se consiguie teniéndolas metidas en casa, y sin ver á nadie, sino llevándolas, por el contrario, á todas partes, y adquiriendo amigos, aunque sea en el infierno, para lo cual tiene doña Nicolasa un *don de gentes*, que todos simpatizan con ella y á todos les gusta su conversacion, tanto, que si hubiera querido volver á casarse y hubiera mirado mas por sí que por las niñas, no le habrian faltado proporciones.

Así es que á las de Morales las conoce todo el mundo y todo el mundo va ó ha ido á sus reuniones, que tambien tienen de cuándo en cuándo un poquito de baile al compás de un piano, que no sabe mas que una polka, y el tango, que es todo lo que ha podido aprender de oido la hija menor de doña Nicolasa, y un ratito de juegos de prendas, y un par de horas de conversa-

cion, y por supuesto, una bandeja con vasos de agua, esponjados, bizcochos, magdalenas y pan de higos, que de Valencia envia á doña Nicolosa un hermano de su marido.—Y cada noche de reunion hay seis ú ocho *presentados*, á los que reciben las de Morales con su proverbial amabilidad, procurando doña Nicolasa que todo *presentante*, digámoslo así, enumere las circunstancias y condiciones de todo *presentado*, comunicándoselas ella despues á sus hijas, que por su parte hacen cuanto pueden por merecer la simpatía de los recién llegados, posponiendo siempre al pobre que vino ántes, por lo cual hay quien dice que el que más distinciones merece en aquella casa es el último que llega.

Conociendo á tan gran número de personas, y siendo las chicas de Morales, como las llaman sus amigos, bonitas y amables, es prudente calcular que tendrán un sinnúmero de apasionados, que cada dos dias recibirá cada una de ellas una declaracion, por lo ménos, de atrevidos pensamientos, y que si su juventud y su belleza duraran siquiera diez años más, podrian decir que todos los habitantes masculinos de Madrid, excepto los niños y los ancianos,—(como se advierte en las notas de los carteles de los novillos, para evitar desgracias)—habian sido pretendientes suyos.

Las de Morales no se ocupan en nada; solo la madre suele de vez en cuándo dedicarse á repasar la ropa, y á quitar ó poner volantes á los vestidos de las niñas, ó á arreglar los *fichús* del año pasado para que puedan servir en el presente, ó á poner el cuerpo de un vestido blanco en la falda de un vestido negro, ó vice-versa, y á otras pequeñeces por el estilo; pero

diez ó doce veces al día tiene que tirar la aguja , porque vienen visitas , y no está bien que las niñas las reciban solas , además de que siempre sucede que la mayor está sin peinar , y la mediana se está peinando , y la menor va á peinar á la mayor.

Una cosa extraña sucede en casa de doña Nicolasa: que cada año se releva la guarnicion , es decir , que cada año van distintas personas á sus reuniones ; hace dos años iban todos los escritores , poetas y periodistas de la villa , y el año pasado solo iba la oficialidad de la guarnicion , de alférez á capitán inclusive , y en el presente , solo van los vecinos de la casa.—Eso sí , con la vecindad siempre está en buenas relaciones la intendenta , y muchas veces sucede que la niña mayor está en el cuarto principal , y la menor en el segundo , y la mediana en el bajo ; y esto lo hacen no más que con objeto de hacer conocimiento con las personas que visitan á los vecinos , y extender de esta manera su ya imperecedera fama.

Y en tanto pasan los años y las tres hijas de doña Nicolasa continúan sin novedad en su estado de merecer , y cada diez días tienen dos de un humor de todos los diablos , porque su amiga Fulana se ha casado , ó porque su vecina Zutana se va á casar , ó porque á Mengana la pretende un marqués , ó por otros motivos por el estilo.

Pues , ¿por qué no se casan esas pobres chicas? preguntará el lector.

No se casan porque hace mucho tiempo que desean casarse , y porque no han sabido disimular el deseo que las animaba á poner buena cara á todo el mundo mas-

culino , y á recibir en su casa á todo bicho viviente soltero ó viudo , suponiendo que entre muchos alguno habia de entrar por el aro.

Pero nada , no ha habido novedad : cuando nacieron las tres hijas del intendente , la naturaleza se olvidó de enviar por otro lado sus tres medias naranjas ; esta es la causa de que ellas no las hayan podido encontrar todavía.

Dias pasados estuve á visitarlas , y hallé sola á la madre , quien me habló poco más ó ménos en estos términos , contestando á mis preguntas acerca del estado de sus hijas :

—Ellas y yo estamos aburridas , porque ya ve V. , al fin somos cuatro , y las cosas ya sabe V. cómo están , y con mi viudedad , por más que yo la estiro , no se pueden hacer muchos milagros , porque ya ve V. , las niñas , —y la que ménos tiene veintisiete años , — tienen que vestirse ; y como á una la conocen en Madrid hasta las piedras , y siempre nos han visto , vamos , si no con lujo , al ménos decentes , si ahora nos presentásemos de cualquier manera , sería exponernos á la crítica , porque ya lo sabe V. , en el dia más se mira al traje que á la persona , y en cuanto á una la ven caída , ya no hay quien la dé la palabra de Dios. Y no crea V. que gastemos en regalarnos , nó , señor ; aquí —á V. se lo digo porque es de confianza ,—no salimos de sota , caballo y rey , y gracias.... Y luego , si las niñas se colocaran , pero sí , sí , ya baja ; á la mayor le hace cocos ahora un viudo , buen hombre , eso sí , con seis hijos de su difunta , muy formal y que hará feliz á una mujer ; pero ya ve V. , el pobre no tiene mas que

veinticinco duros al mes en la Vicaría, donde está empleado; aquí le queremos mucho, y él también nos quiere extraordinariamente, lo mismo que sus chicos, que son de la piel del diablo, y que se han aficionado de tal manera á nosotras, que ya no quieren comer con su padre, sino que aquí se vienen á comer diariamente los angelitos; á Cándida la quiere un capitán de la guardia civil, arrogante figura, un mocetón que no cabe por esa puerta; pero tiene tres hermanas que dependen de él, y es natural, no quieren que se case, porque entónces ellas perderían ese arrimo, y él no sabe qué hacer, y no acaba de decidirse en un año que hace que me habló de sus buenas intenciones; la otra no tiene novio ahora, y como ve que sus hermanas lo tienen, malo ó bueno, siempre está de punta con ellas, y siempre andan á pícame Pedro, que picarte quiero, y arman cada pelotera, que solo yo puedo sufrirlas....»

No quise oír más; miré el reló, dije que era demasiado tarde para mí, y me despedí de doña Nicolasa, á tiempo que se presentaban los seis chicos del viudo, armando un estrépito infernal, y trayendo cada uno un pedazo de pan que, al entrar, les había dado la criada en la cocina.

Si se casan las hijas de doña Nicolasa en vida de un servidor de VV., lo avisaré oportunamente; pero preveo que las hijas de doña Nicolasa no se casarán, ya he dicho por qué.

Y ahora dígame francamente el lector: ¿no es verdad que hay en Madrid muchas señoras parecidas á las de Morales?....

VI.

El pobre y el rico.

I.

—¡Mira que es desgracia la nuestra, mujer! ¡siempre, siempre lo mismo!

—¿Pues qué te falta, hombre?

—Hija, casi nada.... Ya ves, seis años hace que tú y yo nos dijimos delante del señor cura que nos queríamos honradamente, y quedamos casados y unidos hasta que la muerte venga á separarnos.... Aquel dia estrené yo la mismísima capa *nueva* que tengo hoy, y tú el mismo pañuelo amarillo, que no sacas mas que los dias de gala, ó cuando hay boda ó bautizo en la vecindad; desde entónces, ni yo he podido hacerme otra capa ni tú un mal vestido; ocho reales diarios ganaba yo en aquel tiempo, y ocho reales todos los dias gano ahora, y eso que te tengo por apéndice á tí, y ambos tenemos esa criaturita, y temiéndome estoy que el mejor dia tengamos que llamar otra vez á D. Serapio, el coma-

dron.—¿Te parece, mujer, que puedo estar contento con mi suerte?—¿Te parece que no acaba con la paciencia del más santo eso de ser hoy lo mismo que ayer, eso de no tener mas que para el puchero, eso, en fin, de vivir privado de todo, absolutamente de todo, y no contar con otra cosa que lo indispensable para no morir de hambre?...

—¿Y qué le hemos de hacer?... Es verdad que somos pobres, pero no por eso dejamos de vivir tranquilos, sin deber nada á nadie, y sin que nadie tenga que decir de nosotros ni tanto así.... ¡Jesús! pues si vale más esta tranquilidad que todo el oro del mundo.

—No seas bestia, mujer, y perdona. ¡Pues estaria bueno el mundo si todos se resignasen á los garbanzos, y no procurasen ir adelantando, y tener mañana más que hoy!—Ya ves tú, mi maestro era seis años há un Adan con más trampas y ménos vergüenza.... que todos creíamos que pararia en el Peñon ó en otro colegio por el estilo.—Pues anda, híncale el diente ahora, que, como él dice, con dos obradores que tiene y un tejar..... que le pinchen ratas.

—Sí; pero ya oyes lo que dicen de él todos los que le conocen; que ha hecho el dinero engañando á este, sacrificando al otro, y dejando por puertas al de más allá.... ¡Jesús! pues si vale más que le miren á uno á la cara, y no le miren á las manos!....

—¡Báh! ¡báh! echa vino, mujer; parece que has nacido entre negros, ó que tu padre era un *méndigo*, segun las ideas que tienes.... Pues yo diré siempre que

tengo la suerte más perra que puede tener hombre, y que estoy dado á todos los demonios, y que el mejor dia del año me canso, y hago una que sea sonada.

—Eso no es mas que hablar; tú eres bueno, marido, y yo no soy mala, y tu hijo *te tirará* naturalmente....

—¡Ya lo creo que me *tirá*! verás, verás cuando vaya creciendo, y empecemos con que necesita zapatos, y gorra, y pantalones, y cartilla, y plumas... verás cómo doy entonces la gran caída, y no me levanta ni la Paz y Caridad.—Echa, echa vino, mujer, porque si me pongo á pensar en esto, me va dar una *itericia*, que te quedas viuda en dos semanas.

—Anda, hombre, que Dios proveerá.

—El te oiga, chica; pero me parece que si no hace un gran milagro, tan adelantados estaremos dentro de diez años como ahora.... Nada, chica, ya no saldremos de las dos pesetas en toda la vida. Ya ves tú, que para comprar un cordel y ahorcarnos, ni tanto se necesita.—Echa, echa vino, mujer; esta vida hay que pasarla á tragos....

—¡Echa, patas de demonio!.... ¡Pues no bebes tú mucho!

—El vino es el mejor amigo del hombre. Si no fuera por tí, turcas como las que yo cogeria, no las tiene ni el mismo Sultan de *alli*; pero cuando algun amigo me dice, pongo por caso: «Vamos á tomar una copa,» me acuerdo de tí, y echo por la otra acera, porque luego suele haber aquello de: «Vaya, yo pago otra,» y así se están dos hombres *copeando* toda la no-

che hasta que se acaban los cuartos, ó se empieza á sentir que pesa más la cabeza que los pies.... Pero chica, tú no me has echado vino.... Con la conversacion te se va el santo al cielo.

—Pero si te lo has bebido....

—Claro; el que echaste ántes, no lo niego, pero el que has de echar ahora, me parece que aun lo tienes en el jarro.

—Nó, ya no bebes más.

—Anda, mujer, que por una mona más ó menos, no se conocerá la falta en Tetuan.

II.

«¡Madre mia! perdóname; he llegado á tal extremo, mi desventura es tanta, que apelo al único consuelo que puede calmar un momento mi dolor; este consuelo es decirte mi pena, madre mia.—Tú sola no serás indiferente á mi desdicha; tú sola te compadecerás de mí; tú sola enviarás á Dios Todopoderoso fervorosa oracion por el alma de tu pobre hijo.—Tú crees que soy feliz, nunca te he dicho lo contrario; pero ya ves que soy desventurado, que hasta el único consuelo mio es hacerte una confesion que ha de costarte muchas lágrimas, que ha de alejar de tí para siempre la bendecida paz que siempre has disfrutado.

»Vine á Madrid movido de la más noble ambicion y deseoso de tomar parte en esa lucha siempre abierta que sostienen aquí los hombres que tienen ambicion, que son muchos, muchos más de los que caben en el

ancho palenque de la ambicion. Tuve osadía y fortuna, y en pocos años conquisté una posicion que me valió el odio de todos los que se hallaban un escalon más bajos que yo, y la antipatía de todos los que estaban un escalon más altos. Escribí para el público, y el público, despues de tres ó cuatro meses de leer constantemente mi nombre, tuvo noticia de que yo existia en el mundo, cosa que le importó bien poco. Soñaba yo en el pueblo donde viví contigo, magníficas glorias, y todas mis glorias fueron algunos apretones de manos, varios elogios en los periódicos y aplausos en algun teatro.—No me satisfacía esta gloria;—más que la gloria presumia yo que habia de satisfacerme una posicion política, un sueldo espléndido, una gran cruz, y me hice político, porque esto es lo que todos se hacen en este país.—Logré parte de lo que deseaba, y no tuve, desde que lo logré, momento de tranquilidad; todos los demás fueron contra mí; todos protestaron contra mi posicion; todos me proclamaron indigno de ella; todos me hicieron guerra mortal, una guerra que se hace aquí dando la mano el enemigo á su rival, adulándole bajamente, y al mismo tiempo desacreditándole villanamente é hiriéndole á traicion de tal manera que no pueda defenderse, y caiga al fin, para que los demás salten sobre él, procurando pisarle todo lo más que pueden, con el piadoso fin de inutilizarle para más tiempo. No tuve, madre mia, aliento bastante para continuar en aquella vida de temores y asechanzas, de halagos y traiciones, echaba de ménos la paz de tu hogar, y me cansaba la soledad en que vivia, en medio de la

sociedad. La dulce mirada de una mujer vino á iluminar mi alma, y deseé para mí la bendecida ventura que gozan dos séres, que unidos por puro y honrado amor, se consagran uno á otro y hacen una de sus dos almas.—Aquella mujer fué mi esposa; era una niña educada en el fausto y la opulencia, no acostumbrada á contrariar su voluntad, y que habia adquirido el hábito del lujo y de la satisfaccion de todos sus caprichos.—Yo la amaba con toda mi alma, y me faltó valor para desviarla repentinamente del camino único que ella conocia, y dejé que su vanidad fuese adquiriendo cada vez mayores proporciones; creí poder corregir sus defectos más adelante, y lo que hice fué hacerlos incorregibles ya. Quise un dia oponerme á un capricho de mi mujer, que me costaba algunos miles de duros, y aquel dia ella me reprochó que yo era más un tirano que un marido, y creí advertir en sus lágrimas primero, y despues en su aparente tranquilidad, que el amor que la habia unido á mí empezaba á convertirse en resignacion é indiferencia.—Mortificábame esta idea, y me decidí á sacrificarlo todo al amor de aquella mujer, que, educada de otro modo, hubiera sido un ángel.

Hoy, madre mia, vivimos en medio de la sociedad, holgada y anchamente en la apariencia, y deseperada y miserablemente en la realidad.—Yo debo dinero á todo el mundo, y veo que llega el dia en que los mismos que hoy me adulan, y honran mi casa, y contribuyen á arruinarme, me volverán la espalda. y se apartarán de mí como de un malhechor.—Mañana madre mia, tengo que hacer un pago de algunos mi-

les de duros, y en mi gaveta no hay más que algunos napoleones, indispensables para que mi mujer, mi hija y yo no muramos de hambre en seis días.—Después tendré que confesar mi pobreza á la sociedad, que hoy me juzga poderoso y feliz, y mi mujer tal vez maldecirá la hora en que unió su suerte á la mia.—¿Que haré, madre mia?...—Darme la muerte, es el mayor de los crímenes; la virtud sería proclamar solemnemente mi pobreza, y dedicarme á recuperar mi fortuna y la de mi mujer á fuerza de constancia, trabajo y economía.—Pero ¿qué dirá de mí el mundo?—¿Cómo pagaré mañana esa cantidad?...»

Al llegar aquí, el autor de esta carta apoyó la cabeza en las manos y los codos sobre la mesa donde escribía.—Al amanecer el día siguiente, cuando el vecino del sotabanco salía alegre como unas castañuelas para ir á su trabajo, encontró en la escalera á la señora del piso principal, que se volvía con su hija de una reunion habida en no sé qué embajada.

Quitóse la gorra para saludarla, á tiempo que se oyó una detonacion, que heló la sangre en las venas de aquella señora.

Y apenas vió abierta la puerta de su habitacion, se lanzó en la de su marido; no habia luz en aquella estancia, y se percibía un fuerte olor á pólvora.—Cuando uno de los criados trajo la luz, la hermosa dama vió á su marido en pié en medio de la habitacion, con el cabello erizado y los ojos inyectados de sangre.

Habia quedado dormido, apoyado en la mesa, y al despertar hizo un movimiento involuntario, y

derribó la pistola que tenía sobre la mesa; el arma se disparó, y el proyectil atravesó uno de los cuadros que adornaban la habitación.

La esposa de aquel hombre lo comprendió todo en aquel momento, y se arrojó á coger la carta que vió sobre la mesa, ántes de que su marido pudiera impedirsele.

Aquel mismo día, la esposa educada en el lujo y la vanidad, vendió todas sus joyas, todos sus trajes, todo lo supérfluo que había en la casa, y proclamó á la faz del mundo la pobreza y la honradez del esposo.

III.

El jornalero del sotabanco, que todo lo supo por uno de los criados del piso principal, despedido por economía, decía despues á su mujer:

—Chica, tienes razon; más vale la tranquilidad que nosotros tenemos con mis dos pesetas, que el lujo y el boato que otros tienen, para acabar luego Dios sabe cómo. Echa vino, mujer, y á dormir tocan, que para dormir no se necesita luz, y las velas y el aceite están este año por las nubes.

VII.

Los pobres vergonzantes.

¡La miseria! ¡Horrible palabra que espanta al hombre más fuerte y hace vacilar la virtud más acrisolada!...

Mi corazón se oprime cuando veo un hombre ó una mujer ó un niño que pide una limosna por amor de Dios á la puerta de una iglesia ó á la entrada de un teatro.

Pero las lágrimas asoman á mis ojos cuando descubro la miseria que no pide por amor de Dios, la miseria que vive casi cerca de la aristocracia y entre la clase media; la miseria que se oculta, que se avergüenza; la miseria de esos desgraciados seres, á quienes llama el vulgo pobres vergonzantes.

Habrà quien pueda asegurar que nunca mendigarà en los sitios públicos; pero ¿quién podrá asegurar que no será pobre vergonzante?

En las grandes poblaciones se hallan en gran número los pobres vergonzantes.

Viven en las casas de las personas acomodadas, pasean entre ellas, visten poco ménos que ellas; los mendigos llaman también á sus puertas, y en la calle les piden una limosna por amor de Dios,—y quizá algun dia sería una fortuna para ellos cambiar su estado por el del mendigo miserable que implora su caridad.

Mujeres hermosas que empleais vuestro oro en hacer ostentoso alarde de vuestra vanidad, que por lucir una hora, ó eclipsar á otra tan bella como vosotras lo derramais á manos llenas; grandes señores que comprais con oro vuestros placeres y con oro la amistad de los que os abandonarían el dia que no tuviérais oro que derramar; hábiles banqueros, que dais 20 para tomar 40, y conoceis los secretos de la *baja* y el *alza*, y apiñais oro y más oro, insensibles á todo placer que no sea el de ver cómo aumenta el número de arcas en que lo guardais: usureros miserables, que teneis por bueno y honrado oficio el de especular con la pobreza, que dais 500 cuando os firman 1.000, y despues os presentais ante la ley autorizados con una firma que habeis arrancado al pobre para labrar vuestra fortuna sobre su ruina; jóvenes viciosos que empleais el dinero de vuestros padres en gastar vuestra inteligencia y arruinar vuestra existencia... ¡acordaos alguna vez de los pobres vergonzantes!

No os satisfaga dar limosna al pobre que os pide delante de gente, ó la hermosa dama que pide en una iglesia para los de tal ó cuál barrio, ó acudir á la invitacion que se hace á vuestra caridad, ó ver vuestro nombre impreso en un periódico que anuncia que ha-

beis dado tanto á cuánto para tal ó cuál objeto piadoso.

Todo eso es muy bueno, muy meritorio, sin duda; pero así como la miseria ignorada, vergonzante, es la más horrible, la más digna de compasion, la caridad ignorada, la caridad que no aspira á la admiracion de las gentes, la caridad que no se funda en el orgullo, ó en la envidia ó en la vanidad, es la más hermosa, la más meritoria á los ojos de Dios, la que mejor satisface nuestra conciencia, la más agradecida, en fin.

Me preguntareis quizá dónde vive el pobre vergonzante.

Vive en vuestra misma casa, en una habitacion más modesta que la vuestra; le encontrareis alguna vez en la escalera, le saludais cortésmente, os visita quizá, su familia va á la iglesia cuando la vuestra, sus hijas imitan como pueden los trajes de vuestras hijas... Pero entrad en su habitacion, y vereis la miseria en toda su deformidad; vereis á aquella pobre familia luchar desesperadamente con la miseria y contar las horas de su existencia por siglos de agonía y desaliento...

El padre de aquella familia ha gozado alguna vez los favores de la fortuna, ha sido educado lo mismo que vosotros, tal vez tiene títulos académicos como vosotros, tal vez ha sido considerado y respetado por las gentes, tal vez ha elevado á los que hoy le ven con humillante indiferencia; pero un dia la mudable fortuna se cansó de halagar su vanidad, y le envió una desgracia, y en pos de ésta otra, y otras despues, y llegó momento en que, fatigado de luchar en vano y de revolverse inútilmente contra su destino, el desaliento

se apoderó de su alma, cedió su voluntad, su inteligencia, rendida ya, no tuvo un rayo de luz que iluminara las tinieblas de su espíritu... y la miseria hizo invasion en su hogar.

Un año pudo vivir estrechamente con sus propios recursos; durante este tiempo, vivió lejos de sus amigos, completamente aislado de la sociedad, y la sociedad se olvidó de él, y él, que comenzó por dudar de la sociedad, acabó por aborrecerla.

Entrad en la habitacion de ese hombre y vereis cómo todo es contra la pobre familia, vereis cómo van desapareciendo uno por uno todos sus muebles, todas sus alhajas, todos sus vestidos, vereis qué de reclamaciones contra el infeliz, vereis cómo se le escarnece y se le insulta, vereis cómo se le arroja á la calle, vereis cómo los hombres, sus hermanos, no le dejan mas que el mísero lecho, quizás para que no pueda decir que no tiene sobre qué caerse muerto.

Este horrible drama termina algunas veces en una catástrofe; otras veces viene á ponerle término algun sér piadoso, ó la casualidad, que es árbitra de los destinos del hombre; pero las más de las veces el pobre vergonzante sigue siéndolo, se resigna á vivir en la miseria, y en la miseria vive, quizás abandonado de los suyos—(que han tenido por su parte que procurarse los medios de no morir de hambre),—hasta que en un asilo de beneficencia, ó en el lecho de un hospital, vuelve á Dios su alma, sin que el mundo advierta su desaparicion de entre los vivos.

Generalmente, el pobre vergonzante es hombre honrado; si no lo fuera, no moriria en el hospicio ó en el

hospital; moriría en un presidio ó en un palo, si su mal instinto le llevara por el camino del crimen, ó en un mullido lecho, rodeado de oficiosos servidores, si hubiera tenido travesura suficiente y olvidado su dignidad, buscando la vida por uno de los mil medios que conocen los que viven en el mundo sin modo de vivir conocido.

El pobre vergonzante es lo que se llama un *pobre hombre*; mejor dicho, es un *pobre hombre* pobre.

La pobre vergonzante es viuda siempre: su marido ha sido militar de corta graduacion, casado sin la real licencia necesaria, ó humilde empleado de escalera abajo, ó músico, ó profesor de partos, ó jugador de oficio, ó aficionado á meterse en lo que no le importaba, y perseguido por *opiniones*.

Alguna pobre vergonzante se arriesga en las sombras de la noche, y convenientemente recatada, á pedir limosna en las calles de Madrid; pero generalmente, en tres ó cuatro horas apénas hallan diez ó doce personas que se detengan un momento para sacar una moneda del bolsillo.

Hace algunos años hice conocimiento en el Prado con dos señoras, madre é hija, que todas las tardes concurrían á aquel paseo; nunca las habia visto acompañadas, siempre solas, apoyada la una en el brazo de la otra, y mostrando en el rostro la satisfaccion de personas contentas con su suerte, y á quienes no preocupan las dificultades del presente ni los temores del porvenir.

Una tarde se hallaban sentadas á mi lado, en dos de las beneméritas sillas que desde tiempo inmemorial

tiene á su disposicion el público que frecuenta aquel paseo; llegóse el cobrador á mis desconocidas, y una de éstas le alargó una moneda, que era más falsa que las palabras de los hombres, segun el cantar, porque el cobrador se nego á aceptarla, y exigió otra.

¡Pues por buena nos la han dado! exclamó la madre, visiblemente desconcertada.

—Pues por mala no la tomo, contestó el cobrador; y dirigiendose á mí, añadió:—Vea V., caballero, ¿no es verdad que es de plomo?

Era una peseta inverosímil.

—Tome V., contesté alargándole cuatro cuartos, y otra vez sea V. más comedido con las señoras.

Y la madre y la hija se habian puesto de mil colores endos minutos.

El cobrador se dió por satisfecho, y nada contestó á mi reconvencion, que no tenia, á la verdad, gran fundamento.

Diéronme las gracias las desconocidas, hablamos de la mucha moneda falsa que circulaba en aquella época, del verano y del invierno, de las *distancias* de Madrid y de otras cosas á cual más interesantes.

La tarde siguiente vinieron tambien á sentarse á mi lado: volvimos á hablar de lo mismo que el anterior, y además, de su estado, de la condicion de las condiciones de su difunto, que, segun contaban, habia sido un gran personaje, de las reuniones que tenia *in illo tempore*, de la falta que hace un hombre en una casa, de las habilidades que tenia la niña en vida de su papá, y que habia olvidado por no haber podido practicarlas desde que murió el pobre, etc. etc.

El tercer día me hablaron de que habían abandonado todas las buenas relaciones que tenían ántes, de la carestía de los comestibles, de que el casero *come á la mesa* todos los días, y de otras mil cosas que fuera prolijo referir.

El cuarto me decidí á acompañarlas; á duras penas conseguí que entraran á refrescar en un café; entraron al fin, y á pesar de que nos hallábamos en pleno verano, madre é hija refrescaron, administrándose un café con su tostada.

Vivian en una calle muy extraviada, y en una casa de pobre aspecto. Aquel día, á pesar de que me hicieron repetidos ofrecimientos, no subí á su habitación.

Tres meses continué reuniéndome con ellas en el Prado, y acompañándolas; durante los tres meses, ni un solo día dejaron de tomar café y tostada.

Esta manía, el lujo con que vestían, la pobreza de la casa en que vivían y otras cosas, me hicieron—perdóneme Dios—sospechar de aquellas pobres mujeres, y me decidí á despejar la incógnita y á procurar descubrir los misterios de su vida *privada*.

Pero me decidí muy tarde, porque el mismo día en que yo contaba comenzar mis averiguaciones, dejaron de presentarse en el Prado mis amigas misteriosas.

Y pasó una semana, y continuó su ausencia.

Sospeché que estaría enferma alguna de las dos, y me dirigí á su casa; pero ya no vivían allí, y nadie supo darme razón de su existencia.

Pocos días después tuve que salir de Madrid; seis meses duró mi ausencia, y en todo ese tiempo, ni un solo día dejé de acordarme de mis amigas.

— Cuando regresé á Madrid volví á buscarlas, y despues de cuatro dias de inútiles pesquisas, me resigné á esperar que la casualidad me las deparase.

Una noche venía yo de un teatro con direccion á mi casa, cuando al volver una esquina me salió al encuentro una figura de mujer, que con voz profundamente conmovida, y extendiendo la mano hácia mí, exclamó:

— ¡Caballero! una limosna por Dios á esta pobre vergonzante.

Quedé clavado en la acera, y la voz de aquella mujer hizo estremecerse mi corazón....

Maquinalmente saqué de mi bolsillo una moneda de plata, y se la alargué á aquella mujer, que la besó diciendo:

— ¡Dios se lo pague á V., caballero!

— ¡Doña Virtudes! exclamé, recordando perfectamente la voz de una de mis amigas del Prado.

Era ella, lector amigo, la que dió la peseta falsa al cobrador, la que tomaba café con tostada en el rigor del verano, la viuda del gran personaje, la madre de aquella niña elegante y hermosa.

La pobre mujer nada contestó; dió un paso atrás, y rompió á llorar, apoyándose en la tapia para no caer.

Procuré consolarla, me ofrecí á acompañarla á su casa, y la infeliz se dejó llevar, contestando monosílabos y palabras entrecortadas á mis repetidas preguntas.

Vivia en una boardilla miserable, que á nuestra llegada estaba completamente oscura; la viuda en-

cendió un fósforo, y toda la sangre se me heló en las venas.

En un rincon de la mísera estancia habia un pobre lecho, en el que dormia la hija de la viuda.

—Dejémosla dormir, dijo la madre; se moriria de vergüenza si le viera á V. aquí.

—¿Pero está enferma?... pregunté.

—Sí, señor, muy enferma; ¡la pobre ha sufrido tanto!...

No pude contener una lágrima al contemplar aquella hermosa niña, devorada por la fiebre, y al considerar que quizá estaria en aquel momento soñando venturas, para ver, al despertar, el abandono y la miseria.

Y soñaba en efecto la desventurada joven.

—Me lo haré de gasa, decia..... Ya no se llevan capotas blancas..... Mamá, compraremos unos adornos de terciopelo.....

¡Cuánto debía sufrir aquella madre!

Yo insté á la desgraciada á que me dijera cómo habia venido á caer en tal extremo de horrible miseria; pero la viuda temia que su hija se despertara, y me rogó que le permitiera guardar silencio hasta el dia siguiente, suplicándome al mismo tiempo que le diera las señas de mi casa para venir ella misma, con objeto de que su hija no se enterase de nuestra conversacion.

—¡Se moriria de vergüenza! repitió la afligida señora.

Con cierto rubor la ofrecí todo el dinero que llevaba en el bolsillo, y ella lo aceptó, diciendo:

—¡Por mi hija! ¡por mi pobre hija!

Y me despedí de la triste señora hasta el día siguiente.

A la hora convenida se presentó la viuda en mi casa, no elegantemente vestida como cuando la conocí en el Prado, no con el semblante sereno y la mirada tranquila, sino arrebuada en un pañuelo, respetable por sus años y servicios, con la cabeza humillada y los ojos escaldados por el llanto.

Aquella mujer podía salir á la calle, segura de que no la conocerian las personas que la hubieran conocido dos años ántes.

La recibí cariñosamente, procuré alentarla, y me preparé á escuchar la lastimera relacion de sus desventuras.

—¡Ay! señor, comenzó la infeliz, grande es nuestra desgracia, pero á nadie sino á nosotras mismas podemos culpar... pero nó... yo, yo sola soy la culpable... Mi Adela, mi pobre hija, ha seguido las inspiraciones de su madre... Si yo la hubiera llevado por otro camino, hoy viviria pobre, sí, pero no en la miseria... ¡Hija de mi corazon!...

El llanto ahogaba su voz, y mi corazon se oprimia viéndola llorar.—Ambos hicimos un esfuerzo, yo para consolarla, y ella para continuar su triste narracion.

—Diez años hace que murió mi esposo, que era capitán cuando mi familia me casó con él; dos años despues de nuestro casamiento, tomó parte en una conspiracion, alentado por sus amigos, pero hubo entre ellos un Judas, y el mismo dia en que el plan debia llevarse á cabo, mi esposo y sus compañeros fueron

presos y sometidos á un consejo de guerra.—El delito era grave, y la ordenanza inexorable condenó á muerte á los infelices. Los demás eran tambien padres de familia, ó hijos queridos, único apoyo de sus esposas, y sus madres desventuradas. Madres y esposas nos reunimos y acudimos al trono, implorando el perdon de los delincuentes. S. M. nos prodigó consuelos, lloró con nosotras, y nos prometió hacer todo lo posible para conmutar aquella horrible sentencia.

Pasaron tres dias, que fueron siglos de agonía para nosotras, y el cuarto, la campanilla de la Paz y Caridad nos dió la terrible noticia de que aquellos hombres, jóvenes todos, pertenecientes todos á distinguidas familias, iban á ser pasados por las armas por traidores.

Desolada corrí á la morada de los reyes, al ministerio, al cuartel donde estaban presos los culpables, y por último, al sitio de la ejecucion. A nadie ví; nadie me consoló; todas las puertas estaban cerradas para mí. Solo ví, para convencerme de que mi desdicha era cierta, un cuadro de infantería, formado en el sitio elegido para quitar la vida á aquellos hombres. Me acerqué á uno de los oficiales que mandaban aquella fuerza; era uno de los amigos de mi esposo. Abracéme fuertemente á él, al mismo tiempo que sonó en mi alma el lúgubre redoble de un tambor destemplado... y ya no ví más...

Despues de tres dias de continuo delirio, recobré la razon, y me hallé en mi casa, en mi lecho, rodeada de personas desconocidas.

—¡Mi hija! exclamé á tiempo que entró en la alco-

ba, trayéndola de la mano, aquel oficial que mandaba la fuerza sentenciada á fusilar á mi marido... Entónces lo recordé todo; pero ántes de que yo pudiera articular una palabra, el oficial, llorando como un niño, y poniendo á la niña sobre mi cama, exclamó:

—¡Se ha salvado, señora! S. M. envió el perdon ántes de que mis amigos llegaran al cuadro.

—Pero perdóneme V. estos detalles, añadió la viuda, al llegar aquí; sin querer me he distraído del objeto principal de mi relato.

—Mi esposo, continuó, fué sentenciado á servir de simple soldado eu Ceuta por espacio de cinco años; pero la generosidad de S. M. le indultó dos años y medio ántes de cumplir el término, y le devolvió sus grados y honores, trasladándole á un regimiento de guarnicion en Madrid.

La salud de mi esposo fué debilitándose por momentos; desde aquel horrible episodio de su vida, adquirió una melancolía tan persistente, que ni sus amigos, ni yo, ni su hija podíamos hacer desaparecer.

Siempre se creía amenazado, nunca podia dormir dos horas tranquilo, y por más que él mismo lo procuraba, jamás lograba desechar la idea que le atormentaba.

Una noche vino á casa, muy satisfecho al parecer, y apénas entró, vació en mi falda sus bolsillos, llenos de oro y de billetes de Bancó.

—He jugado y he ganado, me dijo; todo esto es para tí, para Adela.... Gastadlo todo, que mañana traeré más.... Se acabó la tristeza... Ahora.... ¡á reir! ¡á

triunfar!... Y se entró, riéndose á carcajadas, en su habitacion...

Mi marido no faltó desde aquel dia al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Dias hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebia una gran cantidad de rom, y que despues jugaba en una casa establecida en un barrio extraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años despues, le trajeron á casa en un coche, perdido el conocimiento y con el traje lleno de lodo. Mi marido habia perdido por primera vez, y despues, para aturdirse, para olvidar, habia bebido una cantidad de rom mayor que la de costumbre.

El infeliz no volvió en sí; aquel infame licor le habia abrasado las entrañas.

Quedamos solas en el mundo mi hija y yo.

En los dos últimos años de la vida de mi marido, habíamos adquirido el vicio del lujo,—que á veces el lujo lo es.—Como mi marido jugaba y ganaba siempre, como el dinero sobraba en mi casa, como el lujo, solo el lujo nos abria todos los salones y nos proporcionaba ocasion de lucir y excitar la envidia de las mujeres y la admiracion de los hombres, y como mi esposo no se acordaba de mí sino para darme el dinero que ganaba, y nunca intervenia en mis acciones, ni su afan de aturdirse y su estado constante de fiebre y

locura le permitian dedicarse á la educacion de su hija y al cuidado de su casa, completamente olvidadas del porvenir, mi hija y yo no pensábamos que ningun bien puede ser eterno, sino el que se funda en la virtud y en la prudencia. Hoy vemos prácticamente esta verdad. En pago de aquel dinero, arrebatado tal vez á familias que vivirían en la miseria á consecuencia del mismo vicio que á nosotras nos proporcionaba la fortuna, ahora nos vemos reducidas á la mayor necesidad, y ayer salí yo á mendigar porque mi hija se moría de hambre, y hoy estaria muerta si V. no me hubiera socorrido anoche.

¡Qué leccion tan elocuente en las palabras y el llanto de aquella desgraciada!

—Ahora que sabe V. todo esto, continuó, comprenderá por qué mi hija y yo nos desconcertamos de tal manera la tarde que dimos la peseta falsa al cobrador de las sillas del Prado, por qué aprovechábamos la galantería de V. para tomar, al retirarnos del paseo, el café con tostada. En aquella época, nuestros recursos eran muy cortos, y aun no estábamos curadas del vicio del lujo; sufríamos crueles privaciones, pero nos presentábamos ante la sociedad con la cabeza erguida y el traje ajustado á las exigencias de la moda.

—Pero V. tendrá viudedad...

—Sí, señor, contestó; de eso iba á hablar á V. A la muerte de mi marido nos quedaron bastantes alhajas y muchos trajes de gran precio, que son los que más ó menos reformados hemos usado, hasta que las necesidades de la vida me obligaron á deshacerme de unas y otros. Vendiendo hoy una cosa, empeñando mañana

otra, y otra y otra luego, pudimos pasar, ayudadas de mi corta pensión; pero llegó día en que las alhajas y los muebles nos faltaron, y tuve que recurrir á los prestamistas, que me ofrecían dinero con la garantía de mi viudedad.

—¡Infeliz! exclamé.

—Por el momento salíamos del apuro, pero después tenía que sufrir el descuento mensual hasta cubrir la cantidad que había recibido, y otra igual que, sin recibirla yo, suponía el prestamista que la había recibido, y con mi firma autorizaba esta suposición.

—Una suposición *gratuita* que no lo era, pensé para mí.

—De préstamo en préstamo, continuó la viuda, de necesidad en necesidad, hemos llegado á carecer absolutamente de todo recurso, y á no tener medio alguno de salvación. Yo moriré pronto, pero mi hija es jóven; aunque ha sufrido mucho, aunque la miseria comienza á agostar su hermosura y á desalentar su espíritu, su naturaleza es más fuerte que la mía... Y ¿qué será de ella cuando se halle sola en el mundo, sin pan y sin hogar, cuando no pueda presentar otro mérito que su virtud, y vea que el mundo, si no se atreve á reirse de ella, la deja que muera abandonada, sola con su virtud?... ¡Oh! ahora comprendo toda la enormidad de mi falta.

—Aun es tiempo de remediarlo todo, dije para consolar á aquella pobre madre, que repetía en aquellos momentos lo que le decía la inflexible voz del remordimiento.

—¿Cómo? contestó. Me dirá V. que el trabajo es el

único y seguro recurso.—¿Y no es casi siempre estéril el trabajo de la mujer?... ¿Puede vivir de su trabajo una mujer acostumbrada al lujo y á satisfacer su vanidad?... ¡Oh! ¡Esta costumbre no se olvida!... La miseria y la soledad pueden únicamente curar de ese vicio; y gracias á Dios que hasta ahora el vicio del lujo no nos ha llevado á vida más vergonzosa que la miseria. Alguna vez hemos hallado en nuestro camino almas tan miserables, corazones tan mezquinos que, al vernos casi muertas de hambre, nos ofrecían el pan de la deshonra cuando les pedíamos el pan de la caridad; pero yo, que he tenido valor para todo, no lo tengo para olvidar quién he sido y quiénes fueron mis padres.—La muerte es el único bien que podemos esperar... pero ¡mi hija!... ¡mi hija!...

La pobre madre no pudo continuar; á pesar de mis instancias, se despidió de mí, prometiéndome volver otro día, y suplicándome que hablase á las personas caritativas que conociera, para que la facilitasen algun recurso.

Yo lo hice así, y en pocos días se logró reunir una cantidad, con la que las pobres mujeres pudieron comer durante algunos meses.

Lo que nunca pude lograr fué convencer á la madre de lo conveniente que sería para su hija ocuparse en bordar ó en cualquiera otra labor propia de su sexo, y que la proporcionara algun otro recurso.

La vanidad de aquellas mujeres era monstruosa: la viuda olvidó muy pronto que una noche el hambre le hizo salir á pedir una limosna por amor de Dios.

Un día me dieron una agradabilísima noticia: el

prestamista que cobraba toda la pensión de doña Virtudes, para recobrar las cantidades que le habia adelantado y los intereses de las mismas, se habia arrepentido en la hora de la muerte, y mandó que diesen sus herederos por saldada la cuenta de la triste víctima.

Las felicité sinceramente, y las recomendé que vivieran con orden y economía.

Un mes despues, las ví en el Prado tan elegantes como el dia que las conocí.

Otra vez entraban en el camino de la miseria; la viuda habia vuelto á tomar dinero sobre su paga.

Tenia razon; la costumbre del lujo y el vicio de la vanidad no se olvidan nunca.

Tuve que volver á salir de Madrid, y no quise marchar sin despedirme de mis amigas. Volví á recomendarlas la economía, el orden, la modestia, y recordé á la madre estas palabras suyas:—«Caballero, una limosna por Dios á esta pobre vergonzante.»

Su susceptibilidad se irritó con este recuerdo, y me despidieron con una frialdad que no dejó de irritar la mia, algo más justamente por cierto.

En seis años nada supe de aquellas pobres vergonzantes; pero una noche en el teatro, cerca de mi butaca, habia una señora muy hermosa y elegantemente vestida, que me recordó la simpática fisonomía de la hija de la viuda. Otra señora la acompañaba, que no era su madre.

Dudé un momento, pero terminó mi duda cuando ví que, al fijar en mí sus hermosos ojos, perdió el color, y levantó abierto el abanico á la altura de su rostro.

Era Adela, mi pobre amiga, aquella misma niña á quien ví una noche dormida en un miserable lecho, y á quien oí decir soñando:—«Me lo haré de gasa.... ¡Ya no se llevan capotas blancas!... ¡Mamá, compraremos unos adornos de terciopelo!...»

Apénas bajó la cortina, me apresuré á saludarla y á preguntarle por su madre. Mucho más desconcertada que cuando el cobrador de las sillas del Prado devolvió á la viuda la peseta falsa, me dijo que su madre habia muerto, y que aquella señora que la acompañaba era una amiga, y que no se habia casado.... y despues me habló de la comedia que se representaba, y del calor que hacía en el teatro, hasta que se alzó otra vez la cortina.

Cuando terminó el acto, un amigo mio, que me habia visto hablar con Adela, se me acercó diciendo:

—¡Hola, hola! ¿Tambien tú conoces á esa?

—¿A quién? pregunté.

—A la de.... y me dijo el nombre de un personaje muy conocido.

—¿Cómo? ¡Pues si me ha dicho que no se ha casado!

—¡Toma, ya lo creo!... Si quieres desbancarle, te compadezco; sin embargo, si te ha caido el premio grande de la lotería, ó has heredado de algun tio en Indias, no será empresa difícil; pero te compadezco tambien, porque al fin te dejará por puertas...

—¡Ah! exclamé interrumpiendo á mi amigo; todo lo comprendo ahora; pero, como dice Victor Hugo, *¡N'insultez jamais une femme qui tombe!*

¡Pobre Adela! Los temores de su madre eran fundados....